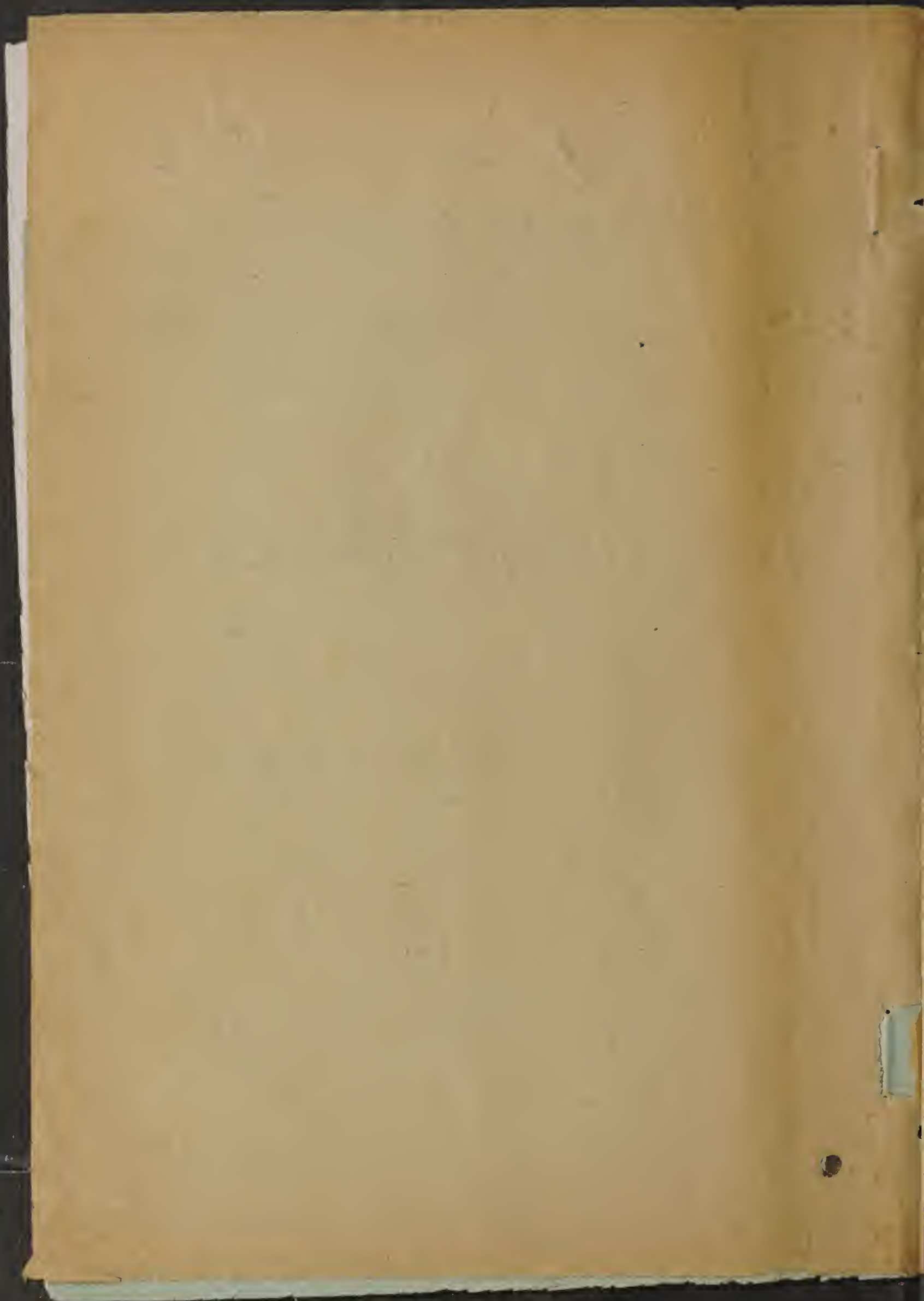


P. 181 - 57



R. 181 — 57

LOS ÚLTIMOS FRESCOS



PEDRO PÉREZ FERNANDEZ  
Y  
FERNANDO LUQUE  
LOS ÚLTIMOS  
FRESCOS

COMEDIA CÓMICA EN DOS ACTOS,  
PREMIADA POR LA «NOVELA CÓMICA»

ACTO PRIMERO

Ambigü público de un teatro de la corte. La puerta de la calle, en el primer término de la izquierda, y otra en el foro derecha, que da acceso al vestíbulo del teatro; sobre ella, un letrero que diga: "Paso al vestíbulo del teatro". A la izquierda, mostrador, anaquelaría, etcétera. Mesas, divanes, sillas, etc. En los lienzos de pared, un friso con medallones, dentro de los cuales aparecerá un can negro, sentado sobre sus patas traseras. En sitios visibles, tiras anunciadoras de obras de gran éxito: 300 representaciones de *El fresco de Cercedilla*. Cercedilla, Sr. Gordillo.—500 representación de *El helado de Pombo*. Pombo, Sr. Gordillo.—100 representación de *El refresco de zarza*. Zarza, Sr. Gordillo.—*El sorbete de fresa*. Fresa, Sr. Gordillo.—Estreno de *Diez de horchata*. Diez, Sr. Gordillo.

Al levantarse el telón están en escena: detrás del mostrador, LEON, dueño del ambigü; a su lado, un camarero durmiendo. Sentado a una mesa de la izquierda, cerca de la puerta de la izquierda, EL PADRE ETERNO, jefe de la clac, que pasa lista y reparte entradas a un grupo de voluntarios alabarderos. Sentado a una mesa de la derecha, CAÑETE y ECHAOCHOGORRITAS. Cañete, cincuentón. Echaochogorritas, treintón (¿se puede?); Cañete, pudorosamente raído, y Echaochogorritas, metiéndole miedo al frío: va, en pleno invierno, valientemente vestido de verano y con una boina chiquita sobre la coronilla. Es un chicote nervudo y forzado, zambo de piernas y de brazos; anda como un luchador. Sentados a una mesa del centro se encuentran DOÑA SOL, jamona provinciana, andaluza y rica, y DON GORO, su administrador y consejero. A la vista se advierte que están en Madrid "de prestado".

EL P. ETERNO.—A ver los de la clac. (*Pasando lista.*) Ramírez.

ALABARDERO 1.º—Presente. (*Recoge su boleta.*)

EL P. ETERNO.—Gutiérrez.

ALABARDERO 2.º—Presente. (*Recoge su pase.*)

EL P. ETERNO.—Fernández.

ALABARDERO 3.º—Está. (*Recoge su entrada.*)

EL P. ETERNO.—Cañete.

CANETE.—(*Desde su mesa.*) Servidor. (*Le llevan la tarjeta.*)

EL P. ETERNO.—Jiménez.

ALABARDERO 4.º—¡Va! (*Recoge su pase.*)

EL P. ETERNO.—Echaochogorritas.

ECHAOCHOGORRITAS.—(*Desde su mesa.*) ¡Voy! (*Va, recoge su entrada y vuelve a la mesa de Cañete, con el que conversa animado.*)

EL P. ETERNO.—Bueno: oído a la consigna. (*Le rodean los de la clac.*)

DON GORO.—(*Tocando las palmas.*) ¡Mozol! (*Se le acerca León.*)

EL P. ETERNO.—Mucho ojo en lo que voy a decir: Hay que aplaudir el mutis de la característica, pase lo que pase.

ALABARDEROS.—Sí, señor, sí...

DON GORO.—(*A León.*) Y diga usted, y perdone: como nosotros no somos de Madrid...

LEON.—Ya se vé, ya

DON GORO.—¿Qué tal es la comedia que se representa esta noche?

LEON.—Un escándalo.

DOÑA SOL.—¡Ay! ¿La pueden ver las señoras?

LEON.—¡Ya lo creo! Y que se va usted a reir las tripas.

DOÑA SOL.—(*Estupefacta.*) ¡Don Goro!

DON GORO.—(*Estupefacto.*) ¡Señora!

DOÑA SOL.—(*A León.*) Oiga, ¿ha dicho que se me van a reir las tripas o ha sido un "lapsus"?

LEON.—Las tripas, sí, señora. ¡Con decirle a usted que la comedia es una burrada..., vamos, una tontería, quiero decir, una astracanada!..., ¡una gansada, vamos! ¡Se van ustedes a tirar al suelo!

DON GORO.—(*Estupefacto.*) ¡Señora!

DOÑA SOL.—(*Estupefacta.*) ¡Don Goro!

DON GORO.—Nos han engañado. Yo he pedido en el hotel un par de butacas para ver lo mejor que hubiera, y por lo visto... (*A León.*) ¿No vendrá nadie, eh?

LEON.—A las diez de la mañana tiene usted ahí al público haciendo cola y pegándose. (*De repente le entra una risa frenética.*) ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

DON GORO.—(*Amoscado.*) ¿De qué se ríe usted?

DOÑA SOL.—(*Lo mismo.*) ¿Es de nosotros, mozo?

LEON.—Es que me ha salido un chiste: ¡Haciendo cola y pegándose!

DON GORO.—(*Muy serio.*) Usted me explicará...

LEON.—Hombre, pues... ¿no pega la cola?

DON GORO.—La cola, sí; pero usted se refiere a la fila que forma el público, ¿no?

LEON.—¡Pues... ya l'ha dao!

DOÑA SOL.—(*Mosca perdida.*) ¿Cómo que ya le ha "dao"?

LEON.—Ahí está el retruécano, el "quid pro quo"... la gracia fina. ¿Tiene o no tiene gracia?

DON GORO.—Señora, ¿tiene gracia?

DOÑA SOL.—No tiene gracia.

DON GORO.—(*A León.*) Pues no nos hace gracia.

LEON.—Porque son ustedes provincianos. Pero ahora se escriben así las comedias. Nada, que priva lo gordo.

DOÑA SOL.—(*A Don Goro.*) ¿Qué dice este hombre? ¿Es por mí?

DON GORO.—Señora, no sé. Estoy en el Limbo. La gente de Madrid se ha vuelto loca. La novela que hemos comprado es el último éxito, y no la

leerá usted, señora mía. Relata la historia de una mujer hiperestésica y neurasténica, que se enamora de un cocodrilo, se baña con las medias puestas y ¡no quiera usted saber más! ¡Un horror! ¡Y eso es lo que se lee?

DOÑA SOL.—¿Y lo que se ve? Mozo, hemos visto a un joven distinguido y elegante que iba sentado y corriendo junto a una bicicleta estatórea...

DON GORO.—Y una exposición de cuadros donde hay un caballo verde, una mujer grosella, unos pimientos azules y un negro blanco.

DOÑA SOL.—Pues y en la fotografía, ¿no me han querido retratar con una piel al cuello y lo demás a la intemperie?

DON GORO.—¡Con el frío que hace!

DOÑA SOL.—Pues ¿y en el café? Hemos tomado dos té, pastas, bizcochos, brioches, una copa de Málaga, bicarbonato, y nos han llevado diez



céntimos por todo, amén de regalarnos un número para el sorteo de un solar en los Cuatro Caminos.

DON GORO.—Y ahora dice este mozo que la comedia es una gansaJa y la gente hace cola y se pega o qué sé yo. ¿Qué pasa en Madrid?

LEON.—El "progreso".

DON GORO.—(Enérgico.) ¡El rábano!

LEON.—¿El rábano? ¿A que no sabe usted por qué suspiran un calvo que no tenga cejas, un padre y un rábano?

DOÑA SOL.—(Espantada.) ¡Don Goro!

DON GORO.—(Espantado.) ¡Doña Sol!

LEON.—Pues el calvo, por las cejas; el padre, por las hijas, y el rábano, por las hojas. ¡Ja, ja, ja!...

DON GORO.—(Indignado.) ¿Cuánto debo? ¡A Málaga, doña Sol!

LEON.—¿Pero son ustedes de Málaga? ¿En qué se parecen las malagueñas a una marcha fúnebre?

DON GORO.—(Enérgico, dándole un duro.) ¡¡Cóbrese!!

LEON.—Pues en que las malagueñas son de chipén, y la marcha fúnebre, de Chopín. (Ríe.)

DON GORO.—¡¡Cóbrese!!

LEON.—Y ¿en qué se diferencian un tío que se sale por malagueñas y uno que al salir se equivoca de puerta?

DOÑA SOL.—¡Don Goro!

DON GORO.—¡Señora!

LEON.—Pues en que uno se sale por ¡Ay..., ay..., ay...! y el otro no es por "ahí".

DON GORO.—Se dice ahí. Usted no tiene derecho a tomarme el pelo. ¡La vuelta!

LEON.—(Dándosela.) Ahí va, caballero.

DON GORO.—¡Castigado sin propina!

LEON.—Pues estos chistes son de la obrita que van ustedes a ver.

DOÑA SOL.—Los dirá algún demente.

LEON.—Los dice Gordillo. Verán ustedes qué fresco hace.

DON GORO.—Pues nos vamos a quedar helados.

LEON.—¡Ooooooh!, ¡oooooh!...

DON GORO.—¿Qué pasa?

LEON.—Es el chiste ese que ha largao usted.

DOÑA SOL.—¡Don Goro! ¿Usted?

DON GORO.—Señora, ¡si ya no sé lo que me digo! (Se dirige Doña Sol a la puerta del foro.)

EL P. ETERNO.—(A los alabarderos.) Bueno; adentro, y a ver si apretamos, porque resulta que al final no aplaude el público aunque se haya reído las muelas.

LEON.—(Socarrón y con objeto de que le oigan Doña Sol y Don Goro.) ¿Ha dicho usted las muelas o ha sido un "lapsus"?

DOÑA SOL.—(Refunfuñando.) ¡Bufón! (Hace mutis del brazo de don Goro.)

EL P. ETERNO.—Cañete, y tú, Echaochogorritas... ¡arreando!

CAÑETE.—En seguida, Don Benito. (Los de la clac se van por el foro.)

LEON.—(Al P. Eterno.) ¿Estará lleno el teatro, eh?

EL P. ETERNO.—¡Hasta la claraboya! ¡Como que es una obrita que deshilacha de hilaridad! ¡Género gordo! ¡Esto es lo que pide la gente! ¡A mí que me den burradas! ¡Es lo de uno!

(Mutis. Se oye dentro un ¡Ooooh...! prolongadísimo, una carcajada formidable y un aplauso atronador.)

LEON.—Digo, ¿eh?

(Sale como botado por la puertecilla del foro el Sr. Justo, guardia de Orden público.)



JUSTO.—¡Me han echao!

LEON.—No se cabe, ¿eh?

JUSTO.—Me han echao los chistes.

LEON.—Y acaba de alzarse el telón.

JUSTO.—Sí; pero figúrate que hay en escena una joven criolla con su amante, que es muy celoso, y, de repente, entra un negro y se echa a los pies de ella, haciéndole fiestas como un perro. ¡Carambita, ché, exclama el amante escamao: ¡Esas fiestas! Y ella responde: no te extrañes: es Domingo. (*León ríe.*) ¡Vamos, hombre; pa empezar a charrascazos!

LEON.—¿Pero es que no le gusta a usted los retruécanos?

JUSTO.—¡No, señor! ¿Qué hay? ¡Y que ya estoy muy harto! ¡Lo que parece mentira es que en este teatro, donde se han estrenao las mejores comedias de los mejores autores (*Se quita el casco.*) ¡autores!, y me quito el casco y la cabeza si es preciso, se pongan estas pamplineces!

LEON.—Usted está por la seriedad, ¿no?

JUSTO.—A mí que me den obras, ¡obras!, lo que se dice ¡obras!, pero no chapuzas. Donde está un conflicto social o un drama caballeresco o un problema de picis-cología...

LEON.—Vaya, entre usted, que su obligación es estar ahí dentro.

JUSTO.—¿Entrar yo? Antes entrego el casco y el sable al Sr. La Barrera que autorizar con mi autoridad ese espectáculo. ¡Que no! ¿Quién será el autorcillo de eso?

LEON.—Hombre, ¡que es un amigo!, y además, el que hace eso, sabe hacer otras cosas, sólo que es lo que él dice: que el público es el que manda al autor.

JUSTO.—¿Adónde? ¡Pero si el público está conmigo! Yo he salío con el público la otra noche de la Princesa, y salía con nosotros el autor de lo representao, y yo le saludé, y le saludó la gente, y le abrieron calle, y ahí va ¡D. Fulano! ¡Respeto! Y anoche salía con el público el autor de "El helado" ese, y había que oír: ¡Ahí va Fulanito! ¡Qué tío!, ¡qué burro!, ¡qué ganso!

LEON.—Pero se ríen.

JUSTO.—¡Neuropatía!

(Dentro se oye un ¡ooooh...!, una carcajada y un aplauso.)

LEON.—¿Eh? ¿Qué tal? Entre usted, hombre.

JUSTO.—¡Ni atao!

LEON.—Bueno: La Barrera le deja a usted cesante.

JUSTO.—¿A mí? ¡Yo me salto a La Barrera!

LEON.—¡Oooooh... ganso!

JUSTO.—¿Qué pasa?

LEON.—Que ya está usted contagiao. ¡Le digo a usted, guardia!...

JUSTO.—Como que todo lo malo se pega.

LEON.—Pero vamos a ver.

JUSTO.—Pero escucha.

LEON.—Oiga usted...

JUSTO.—Te diré...

LEON.—Espere usted...

(*Rapidísimo.*)

JUSTO.—Perdona un momento. Puede que esté contagiao. ¿Hay na que contagie más que el Teatro? El Teatro, y perdona que esto te lo diga un guardia, es escuela de costumbres y enseña más que la Chelito. Le das al público en el escenario el ejemplo de un hombre de bien, que *trunfa*, y el

público aplaude y sale decidió a ser hombre de bien. Le das un frescales sinvergüenza, que se hace con todos, y como entra por las pupilas y convence, pues, ¿quién te dice que no hay mucha gente iznorante y neurasténica que al cabo de ver treinta comedias por el estilo se creen que se pué ser, hoy un pelanas arruinao y mañana, con cuatro chistes y ratimagos, Duque de los Abruzos, Cardenal de Etiopía o Príncipe del Dólar?

LEON.—No exagere usted. Esas obras distraen y na más. Hay que divertirse.

JUSTO.—Bueno; pues que te diviertas. (*Se sienta malhumorado cerca del mostrador, a liar un cigarro.*)

LEON.—¡Allá melodramas! (*Le vuelve la espalda.*)

CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) ¿Pero es que podemos vivir con 5.000 reales con descuento?

ECHAO.—¡Ni vilipendiándonos!

CAÑETE.—¡Pues entonces! ¿Y no te punza el amor propio que un señor Díez de Horchata, pongo por fresco (*Señala el cartel.*) que era un bollao, como tú, esté en la actualidad arrastrando coche? ¿Qué es al levantarse el telón el Sr. Pombo, de *El Helado Pombo*? ¡Un náufrago! Pues ahí lo tienes: ¡Ministro!

ECHAO.—(*Convencido. Enérgico.*) ¡Y de Hacienda!

CAÑETE.—¿Es que no nos va a servir de na el ejemplo de los 89 frescos que hemos visto? Te digo que yo pa los casos de ingenio, y tú a mi lado, por si vienen mal dadas, de hombre nervudo, fibrudo y forzado, conquistamos el hemisferio.

ECHAO.—Eso sí: como nervudo, forzado y fibrudo, ya sabe usted que soy gimnástico, pelotárico y balompédico. De una patá hago "goal" con el primero que sea. (*Exaltado, hipnotizado.*) ¡Siga, siga usted, que lo entreveo todo!

(Cañete y Echaochogorritas traspasan de un salto el límite de la realidad y caen en la locura.)

CAÑETE.—Y luego, chico, lo que más me gusta de esa vida son las complicaciones que se le vienen a uno encima cuando menos lo piensa.

ECHAO.—(*Exaltándose por momentos.*) ¡¡Que sí, señor!!

CAÑETE.—Y que estás aquí, y mañana amaneces en Lérida.

ECHAO.—Y que se finge uno Duque... ¡y es Duque!

CAÑETE.—Y to el mundo te lo cree.

(Frenéticos, contagiándose mutuamente rapidísimos hasta el final de la escena.)

ECHAO.—Y que se muere un señor cualquiera en la Habana y lo heredo yo.

CAÑETE.—¡¡Y yo!!

ECHAO.—Y que se encuentra uno con el gachó que va detrás de uno con la estaca en la mano pa cantarle veinte en bastos...

CAÑETE.—¡Y te haces el loco!

ECHAO.—Y le dicen que tú no eres tú, ni él es él, y él se cree que él eres tú y que tú eres él...

CAÑETE.—... Y él no sabe quién es él, ni tú quién eres tú...

ECHAO.—Y como resulta que tú eres él y él eres tú...

CAÑETE.—... sin dejar de ser tú, tú; aunque parezca él...

ECHAO.—... y él, él, aunque parezca tú...

CAÑETE.—... él, que te hablaba de tú, te habla de vucencia.

ECHAO.—¡Lo veo! ¡Lo veo!

CAÑETE.—Y se complica la situación.

ECHAO.—Y hay que salir por pies.

CAÑETE.—¡Y se sale!

ECHAO.—¡Y que no tengo yo facultades ni na pa hacer así: ¡hum!, y saltar por un balcón, ¡him!, a la casa de enfrente!

CAÑETE.—Y saltas, y abres, y entras.

ECHAO.—Y me encuentro comiendo a los inquilinos.

CAÑETE.—¡Sí, señor!

ECHAO.—Y digo que soy el afinador del piano.

CAÑETE.—Y en lugar de llamar a un guardia, te convidan.

ECHAO.—Y yo afino. (*Se lleva el dedo a un ojo.*)

CAÑETE.—Y allí te encuentras con una viuda rica.

ECHAO.—Y se enamora a escape.

CAÑETE.—¡Y te casas!

ECHAO.—Y en seguida resulta que el otro no ha muerto.

CAÑETE.—¡Y viene!

ECHAO.—Y me pide la mano de su señora.

CAÑETE.—Y tú se la cedés. Suerte que no tienen todos los que se casan en segundas nupcias.

ECHAO.—¡Lo veo! ¡Lo veo!

CAÑETE.—¡Y que no falla! ¡A ver! ¿Qué era el Sr. Cercedilla en *El fresco de Cercedilla*?

ECHAO.—Un vendedor de toribios.

CAÑETE.—¿Qué es hoy? ¡Dueño del Palace! ¿Y el Polo de *El helado Polo*? ¡Amo de la Equitativa! ¡Todos! El que más y el que menos es Cónsul del Uruguay, conde consorte, general paraguayo, o concejal, si se terciá.

ECHAO.—¡Usted es mi hombre!

CAÑETE.—Tú eres el mío.

ECHAO.—¡Un abrazo!

CAÑETE.—¡Un ciento!

ECHAO.—¡Apriete!

CAÑETE.—¡Aprieta!

(Quedan los dos abrazados. Dentro se oye un ¡ooooh...!, una ovación y una carcajada.)

LEON.—¡Esa es una comedia! Hay que ver la frescura que tiene el protagonista.

JUSTO.—¿Pero tú defiendes al fresco?

LEON.—Simpatías.

CAÑETE.—¿Dinero? Esta noche tendremos el suficiente para coger el tren... ¡y a la ventura!

ECHAO.—Pero ¿cómo?

CAÑETE.—Acércate conmigo. Señor León, (*Al guardia.*) con permiso.

LEON.—¿Qué hay?

CAÑETE.—¿Está usted en lo de anoche?

LEON.—¿Pero no es una chufia, señor Cañete?

CAÑETE.—¿Cómo chufia?

LEON.—(*A Echaochogorritas.*) Usted sabe, joven, que éste es un ambigú donde no vienen más que autores, cómicos y danzantes; que con el aquél de que son de la casa, no piden un café ni para un remedio. El público cree

que esto es un coto cerrado y no entra. Así llevo dos años consumiendo mi paciencia... ¡maldita sea mi cara!, que no quiero recordarlo porque me pongo en fieras y... ¡bueno!, y ahora se viene aquí el amigo con que si le doy 500 pesetas me llena esto de consumidores. ¡Pues claro que se las doy! ¡A ver cuándo va a ser!

CAÑETE.—Yo le ofrecí a usted que antes de las once.

LEON.—Y yo 500 pesetas; pero me parece un cuento de las mil y una.

CAÑETE.—Pues no se hable más.

LEON.—¿Sigue usted en sus treces?

CAÑETE.—En mis trece, en mis once, en mis quinientas y en las mil y una.



LEON.—Y yo en mis 500 beatas.

CAÑETE.—Cuento con esa congregación religiosa.

(Aparece en la puertecilla del foro el BOTONES que vende caramelos.)

EL BOTONES.—Señor Cañete: de parte de Don Benito que va a concluir el acto y que vayan ustedes.

CAÑETE.—(A León.) Hasta luego, ¿eh? (Se van con Echaogorritas.)

LEON.—(A Justo.) De la clac. No faltan una noche.

JUSTO.—Los compadezco.

LEON.—Hombre, ¿no quería usted conocer al autor de la obra? Ahí sale.

(Por la puertecilla del foro aparece FADRIQUE, hombre como de unos treinta y cinco o cuarenta años, alto, con bigote recortado, narigudo... Usa un "flexible", que lleva de medio lado, y una corbata roja como un tomate. Es muy efusivo. Se ríe a carcajadas, y cuando se ríe se frota la nariz. Se cruza con Cañete y Echaochogorritas y los abraza efusivamente.)

FADRIQUE.—¡Hola palmípedos! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Bien se portaron ustedes anoche! No eran palmadas, eran estampidos... ¡Aplausos estampídicos! ¡Ja, ja, ja, ja!

CAÑETE.—Se hizo lo que se pudo.

FADRIQUE.—Un camión de gracias. Y eso que ustedes lo hacen todo al revés.

CAÑETE.—¿Al revés?

FADRIQUE.—Sí, hombre; lo natural es que den dátiles las palmas... y ustedes dan palmas con los dátiles. ¡Ja, ja, ja, ja! (Los abraza.) ¡Ja, ja, ja! (Todos se ríen. Justo se levanta y se sienta en otro lado, más serio que un ajo porro.)

ECHAO.—Enhorabuena, don Fadrique.

FADRIQUE.—¿Les gustó la obra, eh? Como que tengo un talento que "mete espanto". ¡Ja, ja, ja, ja! (Se van Cañete y Echaochogorritas. A León.) Oiga, ¿ha entrado por aquí el empresario?

LEON.—(Riendo como un bobo.) ¡Ja, ja, ja, ja!... Calle usted, hombre, calle usted... ¡Ja, ja, ja, ja! Es usted el tío más gracioso del globo. ¡Hay que ver las gansadas que escribe usted!

FADRIQUE.—Gracias, muchas gracias. ¿No ha entrado?

LEON.—No, señor.

FADRIQUE.—Estará en Contaduría. ¡Hasta luego! (Vase por el foro.)

LEON.—(Viéndole marchar.) ¡Qué tío más salao!, ¡qué talento tiene!, ¡qué bárbaro!, ¡qué burro!

JUSTO.—Si que te traes una letanía...

LEON.—¡Es que no encuentro palabras!

(Entra por la puerta de la calle, atraviesa la escena y se va por el foro DON JUAN, hombre como de unos cincuenta años, canoso, respetable.)

JUSTO.—(Levantándose inmediatamente que le ve entrar y llevándose la mano al casco... de arriba.) Buenas noches, don Juan. Felices, don Juan. (Don Juan saluda.) Usted lo pase bien, don Juan. Vaya usted con Dios, don Juan.

LEON.—(A Justo.) ¿Quién es ése?

JUSTO.—¡¡¡¡ Don Juan!!!!

LEON.—¡Pché!

JUSTO.—El autor de muchas comedias. Sólo que ahora no escribe porque al público ya no sirve que le hagan comedias. Hay que hacerle cosquillas y eso no lo hace un intelectual.

LEON.—Lo que no quiere son tristezas.

JUSTO.—¡Pero si esto es lo que le pone a uno triste! ¡Si esto es lo que hace llorar! (Dentro suena una carcajada espantosa.)

LEON.—¡Menuda perra han cogido!

JUSTO.—(Desesperado.) ¡Malhaya sea, hombre! (Suenan unos timbres.)

LEON.—Ya se concluyó el acto. Ahora se llenará esto de gente conocida. ¿Cuánto va a que no piden ni agua? ¡Pelmazos! ¡Más que pelmazos!

(Mientras León habla lo anterior, entra arrogante por la puerta de la calle un autor

joven, al que vamos a llamar RODOLFO. Es un muchachito alto, esbelto como un capitán de los tercios, pero rasurado. Visto correctamente, de negro; se toca con un ancho chambergo, graciosamente inclinado a la derecha; lleva un ojo en el escaparate de un monóculo incommovible; cabellera salvajemente rizada; modales distinguidos; pronunciación india, con suavidad italiana y dejo madrileño de las Vistillas. Viene con las manos a la espalda; debajo del brazo trae un rollo de papeles. Se dirige decidido a la puerta del fondo, y allí el portero le cierra el paso. No se oyen las preguntas del autor, pero sí las contestaciones del portero, que no pueden ser más bruscas, enérgicas y rápidas.)

EL PORTERO.—¡No se puede!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡Imposible!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡Le digo que no!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡Qué sé yo!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡No ha venido!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡No lo sé!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—¡No, señor!

RODOLFO.—¿.....?

EL PORTERO.—De nada.

RODOLFO.—(*Convencido de que el portero es un cernícalo.*) Bueno. (*Dando media vuelta.*) Inconveniente de creerse que son personas todas las que lo parecen. Pues yo tengo que contarle a alguien lo que me pasa. (*Por León.*) Hombre, a este camarero creo que no le debo yo ninguna media tostada. ¡Ya es raro! (*A León.*) Oiga usted, camarero. Usted perdone: yo soy un autor joven, argentino de nacimiento, italiano de corazón y chuñapo verbenero; además tengo la desgracia de hacer versos muy bonitos, ¡che, qué cosa grande!, ¿verdad? Traigo una comedia y he venido a ver al empresario; pero por la puerta de "butacas" no se puede pasar, por la del escenario está prohibida la entrada, por ésta no me dejan, por la de la Contaduría tampoco, y por la taquilla no "quepo". ¿Qué hago? Porque cuando, en su casa, consigo burlar la vigilancia de los porteros y subo y llamo, "El señor no come en casa". "El señor cena fuera". "El señor no viene a dormir". (Bien lo siente la señora.) "No sabemos dónde va el señor"... y vengo aquí, y "Aquí no ha venido". "No está". "Por la otra puerta". "No se puede". ¡Tantos ingleses tiene el señor empresario, o es D'Annunzio?

LEON.—No es de anuncio, no, señor. ¡Pa qué va usted a anunciarse! Si es muy campechano. Mire usted, ahí sale con ese pelotón de autores y críticos. Ese que viene sudando. (*Efectivamente, por la puerta del foro entra un grupo de autores, críticos, etc. y el empresario. Todos vienen riéndose escandalosamente.*)

ROBERTO.—¿Ese? ¡Pero si es amigo mío! ¡Si ya he reñido con él tres veces y le he bailado el tango en la puerta del Colonial una noche! Esperaré a que se seque y a que acaben de reirse. ¿Qué pasa que tanto se ríen? ¿Quién se ha caído?

LEON.—Se ríen de la comedia.

ROBERTO.—¡Ah, de la comedia! Lo siento por el autor, que es un chico muy simpático.

(Entre la gente que entra por la puerta del foro vienen los siguientes personajes:

EL SEÑOR MORENO, empresario del teatro. Sale limpiándose el sudor de la frente y con el sombrero en la mano, sombrero que se quita y se pone veinticinco veces de veinticinco formas en un minuto. Manotea como un desesperado. Grita mucho; cuando se desespera, extiende los brazos y da furiosas palmadas o se lleva la mano al desdichado sombrero, que apabulla desconsideradamente.

DELMONTE, fenómeno taurino, feo como pegarle un tiro a Dios. Es un poco chepudo. Le acompañan dos amigos: D. Trifón y Paquito.

DON TRIFON, hombre de cincuenta años, alto, enteco, zanquilargo, triste de gesto. Tiene grandes barbas negras. Usa unas redondas gafas con aro de concha, enormes gafas. Es manco de un brazo. (Este personaje puede ser sustituido por otro Don Trifón cualquiera; la caracterización, a gusto del actor.)

PAQUITO, señorito de los que han dado en mal llamar "bien". Es un mozalbeta.

DON ABULIO, hombre ya entrado en años. Senador y abonado al teatro. Es displicente desde que nació, pues se cuenta que apenas abrió los ojos al mundo y vió el pezón materno, dijo: ¡Pché!, y empezó a chupar como el que no quiere la cosa.

EL MAESTRO VILA. Viste de negro; va todo afeitado, despeinado, derrengado... Estos y otros personajes, que no hablan, entran en confusa algazara, mientras Rodolfo dice a León las últimas palabras.)

PAQUITO.—¡Brutal! ¡Es brutal! ¡Es bestial!

DELMONTE.—¡Mu gracioso, home, muy graciosísimo, que sí, señó!

DON TRIFON.—Ezto ez una caza de oratez.

EL MAESTRO VILA.—¡Qué diría Shakespeare! ¡Qué diría Shakespeare!

MORENO.—¡Dinero, hombre, dinero, esto es dinero! No me cabe la menor. ¡Pasta! ¡Luz divina! ¡Plata! ¡De aquí!

PAQUITO.—¡Brutal, bestial, verdaderamente brutal, verdaderamente bestial! (*Risas, murmullos, saludos, etc.*)

MORENO.—(*Dándole palmaditas en el hombro al Maestro Vila.*) ¿Qué? ¿Qué le parece a usted la comedia, maestro? ¡Hombre, díganos usted algo!

EL M. VILA.—¿Qué quiere qui li diga?

PAQUITO.—¡Brutal, maestro, bestial! Se divierte el público una burrada. Es bestial.

MORENO.—(*Al maestro.*) Qué, ¿se ha reído usted?

EL M. VILA.—Miri, li diré. No me he reído porque es una cosa muy triste. El chiste es de lo más triste que hay.

MORENO.—Hombre, eso es una parábola.

EL M. VILA.—¿Cómo parábola? Habrá querido decir paradoja.

MORENO.—Es lo mismo, ¿no?

EL M. VILA.—¡Ah, bueno!

PAQUITO.—Nada, maestro. (*Cerrando el puño e imprimiéndole un movimiento enérgico de izquierda a derecha.*) ¡Brutal! ¡Bestial!

MORENO.—Y esa partitura, ¿cuándo la concluye usted?

EL M. VILA.—Pero, hombre, ¿que todo el mundo me tenga que hablar de lo mismo!... Miri, Moreno, estoy escribiendo un drama... (*Moreno se ha ido al lado de Don Trifón y Delmonte, y el maestro se da ahora cuenta y se encara con Paquito.*) Ese se va porque no me comprende. El empresario es el sér más parecido al hombre. (*A Don Abulio, que se le acerca, le pone una mano sobre el pecho y le detiene.*) ¿Usted por aquí, Don Abulio?

DON ABULIO.—¡Pché!

EL M. VILA.—¿Qué le parece la comedia?

DON ABULIO.—¡Pché!

EL M. VILA.—Es muy graciosa. Yo me he reído de verdad.

DON ABULIO.—¡Pché!

EL M. VILA.—¿Salió usted, por fin, senador?

DON ABULIO.—¡Pché!

ROBERTO.—(*Se acerca al maestro por detrás, le abraza y le dice*):

¡Hola, maestrazo! ¿Y esa partitura?

EL M. VILA.—¡Pché! (*Roberto se va a otro grupo. A Paquito.*) Hom-



bre, Paquito, no le había conocido a usted. (*Saca un impertinente de un solo cristal, una especie de monóculo con rabo de concha. Se lo pone en un ojo y mira descaradamente a Paquito de arriba abajo.*) ¡Ja, ja, ja! (*Esta risa no es risa, es, sencillamente, como se lee: ¡Ja, ja, ja!*) Está usted más gordo, Paquito.

PAQUITO.—(*Dándose puñetazos en el pecho.*) Estoy bestial.

EL M. VILA.—Sí, señor, sí. (*Pausa.*) ¡Vaya con Paquito!... Hombre, usted debía leer las cartas de Santa Teresa. Usted tiene, no diré talento, ¿sabe?, una imaginación muy viva, y cultivando la imaginación..., ya lo dijo Voltaire. No me acuerdo ahora si fué Voltaire, o fué Haine, o fué Fray Luis de León. Puede que fuera Pierre Loti. (*A Don Abulio.*) ¿Eh?

DON ABULIO.—¡Pché! (*Da media vuelta y se va a otro grupo.*)



EL M. VILA.—(*A Paquito.*) Ese se va porque no me comprende. El hombre rico es el sér más parecido al hombre pobre.

PAQUITO.—¡Brutal!

(Don Trifón se acerca al maestro Vila, acompañado de Delmonte.)

DON TRIFON.—(*A Delmonte.*) Acércate, colozo. Maeztro, le voy a presentar a usted un héroe. Tiene toda la caballerezca apoztura clásica y férrea de Godofredo de Buillón. En laz cruzadaz hubiera zido un ezforzado paladín de la zanta cauza.

EL M. VILA.—(*Echándose a la cara el impertinente y mirando a Delmonte.*) ¿Qué quiere qui li diga? (*Paquito se marcha.*) Ese se va porque no podemos entendernos. Es tan necio que puede que sea un sabio.

DELMONTE.—(*Dándole la mano.*) Zu afertízimo...

EL M. VILA.—¿Andaluz, eh? ¡Ja, ja, ja!

DELMONTE.—De la mismita Triana, maestro.

EL M. VILA.—¿Ve usted lo qui le decía Don Trifón? Este hombre se pone en la Rambla con una barretina y es un catalán. Los catalanes somos los más andaluces de España.

MORENO.—(*A Roberto.*) Conque me traes una obrita, ¿eh? ¿De qué género?

ROBERTO.—Del que quieras. No quiero reñir contigo. Es una tragedia, ¿sabes?, pero si te parece le meto unos retruécanos.

MORENO.—Hombre, tú no eres capaz...

ROBERTO.—Yo soy capaz de dar el salto de la garrocha.

MORENO.—(*Cogiéndole el manuscrito.*) Bueno; tráela y vuelve dentro de dos o tres meses a ver si la he leído.

ROBERTO.—Eso es ponerse en razón. ¿Quieres que pase a ver a la Conchita?

MORENO.—(*Todo muy rápido.*) Hombre, sí. Espera. Dile al maquinista que tenga cuidado con la mutación..., ¡ah!, y la luz. El piano, a la izquierda. Dile a Gordillo que allá voy yo. Y si no, espera, yo iré. (*A Paquito.*) Hola, Paquito. Tengo que decirle una cosa interesantísima... Venga usted acá. (*Se lo lleva a otro sitio, pero en el camino ve a Don Abulio.*) ¡Don Abulio! ¿Cómo va? Espera, Paco. (*Se va con Don Abulio y deja plantado a Paquito.*) Venga usted acá, a ver si nos entendemos. Ayer le fuí a escribir a usted una carta interesantísima... (*Ve a otro.*) ¡Hombre, Sebastián! (*Deja plantado a Don Abulio y se va con otro.*) Espere usted, Don Abulio. (*Al otro.*) Nada, hombre, nada; lo que yo no comprendo es que... (*Ve al Maestro Vila y deja plantado a este otro.*) Espera ahí, Sabas. Maestro, eso del drama será para este teatro, ¿no? Cuénteme usted el asunto. (*A todos, que alborotan.*) ¡Chits! ¡Hacer el favor un momento!

EL M. VILA.—Pues, miri. Un hombre malo, pero que es bueno, ¿sabe?, que tiene talento, pero que es un poco tonto, y de buen corazón, pero de malos sentimientos... No sé si me explico.

MORENO.—(*Dándose una furiosa palmada en la frente.*) ¡Yá se me ha olvidado lo de la mutación! Tengo que estar en todo. Espera, Roberto. Espera, Paquito. Perdona, Don Abulio. Aguarde, Maestro. ¡Vuelvo!, ¡vuelvo! (*Dándole el manuscrito de Roberto a Don Abulio.*) Tome usted... ¡Vuelvo!, ¡vuelvo! (*Se va abriéndose paso a empujones por la puerta del foro.*)

DON ABULIO.—(*Mirando el manuscrito de Roberto.*) ¡Pché!

EL M. VILA.—(A Delmonte.) ¿Ha leído usted a San Agustín?

DELMONTE.—(Abriendo los ojos desmesuradamente.) ¡Maestro de mi arina!

DON TRIFON.—Ezte no lee, oye.

EL M. VILA.—Pues miri, el hombre que no hace más que oír es el que se parece más a un sordo. (Delmonte se va con Paquito.) Ese se va porque



no me entiende. No hay nada más parecido a un torero que un director de orquesta.

DON TRIFON.—Maestro, a mí no me venga usted con ezoz galimatías. (Se va a otro grupo.)

EL M. VILA.—Este se va... (Se encuentra sin interlocutor.) Bueno; me han dejado solo. Ya lo sabía yo. Es lo que estaba deseando. (Se mezcla en la concurrencia.)

DON TRIFON.—(A uno.) Nada, la comedia ez un abzurdo.

PAQUITO.—(A uno.) En eso ha estado usted brutal. La comedia es muy mala.

DON ABULIO.—(A uno.) ¡Pché!

ROBERTO.—(A uno.) Eso no es arte. ¡Malísimo, amigaso!

EL M. VILA.—(A uno.) Yo he decidido no saludar al autor.

ROBERTO.—(A uno.) Ahí sale Don Juan. ¡Ese es un maestro! (Sale Don Juan por la puertecilla del foro y se va a la calle.)

DON JUAN.—(*Saliendo.*) Buenas noches, señores... (*Nadie le contesta.*) Señores, buenas noches... (*Silencio en las filas.*)

JUSTO.—(*En la puerta.*) Buenas noches, Don Juan.

DON JUAN.—Gracias, guardia. (*Se va.*)

JUSTO.—(*En vista de lo que ha visto.*) ¿Le parece a usted, hombre? (*Aparece Fadrique en la puertecilla del foro.*)

FADRIQUE.—¿Moreno? ¿Está Moreno? (*Aparecer Fadrique y estallar una tormenta de exclamaciones laudatorias, palmaditas en el hombro y apretones de manos, es todo uno.*)

TODOS.—¡Bravo, bien! ¡Fadriquillo, venga esa mano! ¡Eres un coloso! ¡Graciosísimo, chico! ¡Aprieta! ¡Bestial! ¡Bravo! ¡A ganar dinero! ¡Bien, chico, bien!, etc. (*Todos quieren abrazarle.*)

FADRIQUE.—(*Abrumado.*) Gracias, gracias. ¡Que me ahogáis! Moreno, ¿dónde está Moreno?

EL M. VILA.—¿Qué pasa?

FADRIQUE.—¡Dejarme, caray! Pasa que a una señora de la quinta fila la dió un patatús en la última escena del acto, y como no vuelve, la sacan aquí. ¡Ahí está!

(*Por la puerta del foro, y entre dos acomodadores, entran a Doña Sol desmayada. Detrás viene Don Goro.*)

JUSTO.—Qué, ¿algún síncope? ¡Echarla agua! (*Todos se agrupan.*)

DON GORO.—Caballeros, tengan la bondad. (*A los acomodadores.*) Siéntenla aquí. Tengan la bondad, caballeros.

DOÑA SOL.—¡Ay!... ¡Ay, ay, ay!... ¡Ay, ay, ay!...

LEON.—¡Atiza! ¡La malagueña!

DON GORO.—Agua, agua. (*El camarero le lleva un vaso.*)

JUSTO.—¿Es un ataque?

DON GORO.—No, señor; es el efecto de un chiste.

FADRIQUE.—(*Frotándose la nariz.*) ¡Ja, ja, ja, ja!

TODOS.—¡Ja, ja, ja, ja!...

DON GORO.—Señores, que esto es una cosa muy seria. (*Echándole agua en las mejillas.*) Señora, señora, vuelva usted. (*Doña Sol tuerce la vista.*) ¡No, los ojos, no!

DOÑA SOL.—(*Despertando.*) ¿Dónde me hallo? (*De repente y como si se acordara del chiste.*) ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ay! ¡Ay, qué risa!, ¡que me tumbó! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay! ¡Ja, ja, ja, ja! (*Queda seria y rígida.*)

TODOS.—¡Ja, ja, ja, ja!...

DON GORO.—Caballeros, por Dios, que esto no es de la comedia.

PAQUITO.—Pues sí que le ha hecho gracia.

RODOLFO.—Loca.

DON GORO.—¡La falta de costumbre!

DOÑA SOL.—(*Entre sueños.*) A, be, ce, de, efe, ge, hache..

EL M. VILA.—¿Delira? Miri, una persona qui delira..

TODOS.—¡Que se calle!

DOÑA SOL.—Ele..., ome, ene, eñe, o, pe...

DON GORO.—Es que recuerda el chiste.

FADRIQUE.—¡Ah!, sí, el de las letras, ¡el de las letras!

JUSTO.—¿Y cómo es ese tóxico?

FADRIQUE.—¿No lo conoce usted, guardia? Pues que el encargado de la Viña P., vulgo "uve pe", que se llama Pepe, anda buscando a Díez para

cobrarle unas cenas que le ha sacao. Y van y se lo dicen a Díez: "Escóndase usted, que quiere pegarle Pepe, el de 1a Vifia P." Y responde Díez tranquilo: "¿A mí? ¡Ah!, ve-te-ese-Pe-pe-de-la-uve-pe. ¡Ca! ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja,!"

DOÑA SOL.—¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ay, qué risa! ¡Ay, qué me tumbo!, ¡que me tumbo! ¡Ja, ja, ja, ja! (*Queda seria y rígida.*)

DON GORO.—(*A León, sujetando a Doña Sol.*) ¡Con razón dijo usted que nos íbamos a revolver.

(Sale Moreno por la puertecilla del foro. Manotea, se quita el sombrero, se lo vuelve a poner, extiende los brazos, quita, va, vuelve, viene, torna y así siempre.)

MORENO.—¡La locura! ¡Ya llegó la locura! ¡Ya estoy loco! (*A todos. Rapidísimo.*) A ver, ¡fuera! (*Grita.*), ¡fuera! Ya está todo arreglado. Ya estoy yo aquí. Todo lo tengo que hacer yo. ¿Qué hace aquí este guardia? ¿Qué hacéis vosotros? (*Gritando.*) ¿Queréis decirme qué hacéis vosotros? ¡Fuera todo el mundo! (*Se apartan todos.*) ¡Que no se vaya nadie! (*Vuelven todos.*) Dejarme solo. ¡Dejarme! (*Se van todos.*) Vengan ustedes aquí. (*Gritando mucho.*) ¡Aquí!, ¿qué pasa? No pasa nada. ¿Pasa algo? Pues si pasa o no pasa, o lo que sea, ya estoy yo aquí. ¡Arreglado! (*Le toma el pulso a Doña Sol.*)

DON GORO.—(*Tímidamente.*) ¿Es usted el médico?

MORENO.—¡Como si lo fuera, señor! Yo soy el empresario. Me parece que esta señora se muere.

DON GORO.—¡Caballero! (*Suenan unos timbres casi hasta el final de la escena.*)

MORENO.—No me haga usted caso. A ver el otro pulso. (*Le toma el otro.*) Ese Gordillo no sale nunca a tiempo. (*Gritando.*) ¡No sale a tiempo! ¡No sale! El director del sexteto tiene un pariente médico. ¡Que venga el del sexteto! ¡Y que no me toque el Golondrón de "Maruxa"! ¡Yo estoy así desde que ensayábamos "Maruxa"! ¡Despierte usted, señora, que ya estoy yo aquí! (*A Goro.*) ¿Por qué no despierta esta mujer? ¡Mire usted que es desgracia tener que hacerlo todo!: apuntar, declamar, dirigir, transpuntar, pintar y acomodar. ¡Solo, solo! ¡En cuanto salga Gordillo, ¡mutación! ¡El telón, ¿eh?, ¡ese telón! ¡Agua, traer agua! ¡Fuera gentel, ¡fuera gente! ¡Quietos ahí! Hombre, decirle a Gordillo que salga, al sexteto lo de "Maruxa", tirarle de un dedo a esta señora, y al maquinista lo del telón. ¡Vivo! ¡Listo! ¡Ja! ¡Arreglado! ¡Quietos ahí! ¡Agua! ¡Ya respira! ¿Qué va a respirar? ¡Ay, el sexteto, el telón, Gordillo, la señora! ¡Agua, más vivo! ¡Que baje el telón esta señora, darle agua al sexteto y que le tire Gordillo al maquinista de un dedo! ¡Ya está! ¡La locura! ¡Que ya ha empezado!, ¡que ya ha empezado! ¿No han oído ustedes los timbres? ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Vayan pasando! (*Van haciendo mutis los autores, críticos, abonados, etc.*) Se van ustedes a perder el primer chiste. (*Una enorme carcajada suena dentro.*) ¡Ya se lo han perdido! (*Los que están en escena hacen mutis de estampía. Quedan en escena Doña Sol, Don Goro, Moreno, Justo, León y su camarero.*)

LEÓN.—(*Trayendo un vaso de agua.*) El agua.

MORENO.—Ya se me ha quitado la sed. ¡Mi sombrero! ¿Dónde está mi sombrero? ¡Lo tengo puesto! ¿Lo veis? Ya se arregló todo. En cuanto yo intervengo, todo se arregla. ¡Claro! ¡Vuelvo! ¡Vuelvo! ¡Voy a Contaduría! (*Quitando.*) ¡No doy vales! ¡A ver, que corten un palco! ¡Que corten un palco! (*Suena dentro un aplauso atronador y una carcajada.*) ¡Ole, ole! (*Vase bailando.*) ¡Larará! ¡Larará!, ¡lararará!, ¡balalá! (*Mutis.*)

DON GORO.—Vuelva usted, señora mía, que ha dicho que vuelve.

DOÑA SOL.—¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja!

DON GORO.—De todo esto tiene la culpa la obrita esa y el fresco ese.

JUSTO.—(A León.) ¿Y ahora, seguirás defendiendo a los frescos?

LEON.—Como si fueran de la familia.

JUSTO.—Eres un "neurópata".

LEON.—(Por Doña Sol.) Yo creo que lo mejor será llevarla al fresco.

DOÑA SOL.—¡Al fresco, no! ¡Al fresco, no!

JUSTO.—(A Don Goro.) ¡Arriba con ella! (Se la llevan a la calle.) ¡Aaaah!  
¡Vamos!

DOÑA SOL.—¡Ja, ja, ja, ja!..., ¡que me tumbo! ¡Al fresco, no! ¡Al fresco, no!... (Mutis.)

(Quedan sólo León y su camarero-marmota.)

LEON.—(A su camarero.) ¿Y qué? ¿Cuánto han consumido en este entreacto?

CAMARERO.—¡Hum..., hum...!

LEON.—Cero, cero, ¿eh? Bueno; pues ya puedes ir buscando colocación, porque yo he aceptado una plaza de viajante de una fábrica de licores y en cuanto termine mi contrato cierro el ambigú.

CAMARERO.—¡Hum..., hum...!

LEON.—¿Qué dices tú?

CAMARERO.—¡Hum..., hum...!

LEON.—¿Pero es que esos señores se han creído que un ambigú es un vagón-cama? ¿Para qué supondrán que estoy yo detrás del mostrador? ¿Para que me tiren tres pelotas por cinco? ¿Qué te parece a ti? (Se enfurece.)

CAMARERO.—¡Hum..., hum...!

LEON.—Claro, hombre, y se acabó. ¿Lo has oído? ¡Se terminó! Mañana mismo condeno esa puerta y pongo un cartel en esa otra: "El consumo es obligatorio. Lo menos que se puede tomar es la puerta." No me conocen a mí. (Se sube los pantalones.) Como yo enseñe los dientes vas a ver lo que es bueno. Y encima, ese chufión de Cañete me dice que veré esto lleno de gente a las diez. (Mirando al reloj.) ¡Pues ya son las diez! (Entran sin vacilación Estudiante 1.º y dos muchachos.) ¡Rediez! (Se sientan a una mesa y palmotean.) ¡Como en las novelas! (Al camarero.) Finura, Paco, finura.

CAMARERO.—(A los tres.) ¿Hum..., hum..., hum...?

ESTUDIANTE 1.º—Tres cafés. (El camarero se va al mostrador por el servicio. León se dirige a los muchachos.)

LEON.—¡Y consumen los tres! (Palpa a uno de ellos.)

ESTUDIANTE 1.º—¿Eh? ¿Qué?

LEON.—Nada; es una motita que... (No cabe duda: estos chicos son de verdad.)

(Entra el ESTUDIANTE 2.º con unos libros debajo del brazo. Muy vivaracho en el hablar y en los ademanes.)

ESTUDIANTE 2.º—(Sentándose a una mesa.) ¡Mozo! ¡Camarero!

LEON.—¡Otro! (Al Estudiante 2.º.) ¿Podría yo enterarme, si no le molesta, cuál es el deseo vehemente del señor?

ESTUDIANTE 2.º—¡Caray, qué fino! Un té. Pero vivo, ¿sabes? Se me ha puesto la cena de punta porque por llegar pronto he venido corriendo.

LEON.—¡Ha venido corriendo! ¡Este ha venido corriendo! ¡Paco!, un té para este joven. (Paco va sirviendo. Ha entrado mientras tanto un cojo, Estudiante 3.º, que mira a todos lados, y después de hacer un gesto de extrañeza)

*se sienta en un diván.*) ¡Mi madre! (*Al Estudiante 3.º*) ¿Tendría la bondad de indicarme lo que quiere ingerir?

ESTUDIANTE 3.º—Luego tomaré café, cuando venga un amigo mío.

LEON.—¿Solo?

ESTUDIANTE 3.º—Puede que se traiga a su hermano.

(*Entran nuevos parroquianos, que van llenando el local. Entre ellos, vienen ESTUDIANTES 4.º y 5.º, que se van al mostrador. El camarero se multiplica sirviendo.*)

ESTUDIANTE 4.º—¡Dos cañas!

LEON.—¿Clara?

ESTUDIANTE 5.º—Claro. (*Les sirve León.*)

ESTUDIANTE 4.º—Oye, González no ha venido.

ESTUDIANTE 5.º—No tardará. Ese viene.

ESTUDIANTE 1.º—(*Tocando las palmas.*) ¡A ver ese café!

ESTUDIANTE 2.º—¡Mozo!

ESTUDIANTE 3.º—¡Oiga!

ESTUDIANTE 4.º—¡Camarero!

(*El ambigú está lleno de gente. Risas, palmadas, etc.*)

EL BOTONES.—(*Saliendo.*) ¡Cerillas, tabaco! ¡Tabaco, cerillas! ¡El 13.013! ¡Quién quiere dinero? ¡Cerillas..., tabaco!...

LEON.—¡Va! ¡En seguida!

CAMARERO.—¡Va!

LEON.—(*Se detiene.*) ¡Detente, Abraham! A ver..., por si acaso bueno será... (*Le habla al camarero al oído. Mientras tanto no cesan las palmadas llamando al camarero, ni cesa de vocear el botones su mercancía.*)

CAMARERO.—¡Hum..., hum...! (*Se dirige al Estudiante 1.º*) Ustedes perdonarán; ahora cambia el turno. Si fueran ustedes tan amables...

ESTUDIANTE 1.º—¡Ah, pagar! ¡Sí, hombre, sí! (*Los dos que le acompañan se echan mano a los bolsillos y quieren pagar también.*) Tome. No; esto lo pago yo. ¡Vamos, quita! ¡De ninguna manera! Cóbrese, camarero. (*Cobra el camarero.*)

LEON.—¡Y se pelean por pagar! (*Respondiendo a las palmadas y siseos de los concurrentes.*) ¡Va! ¡En seguida! ¡Corriendo! ¡Va! ¡El delirio! (*Se pone a servir como puede.*) ¡¡Voy!! ¡Va!

(*Salen Cañete y Echaochogorritas por la puerta del foro.*)

CAÑETE.—Chico, echa el completo.

LEON.—(*Abrazándole.*) ¡Señor Cañete de mi alma! Venga un abrazo. ¿Cómo se las ha compuesto usted?

CAÑETE.—Pues ya lo ve usted. He hecho la propaganda entre mis compañeros de Hacienda, y como son en Madrid 43.528... (*A Echaochogorritas.*) Mira ahí Jiménez, y López, ¡anda!, y Fernández, y Ruibarbo... ¡Qué amables! ¡Saluda!

ECHAOCHOGORRITAS. — Señores, buenas noches. (*Unos contestan y otros no.*)

LEON.—Tome usted. Yo cumplo mi palabra. (*Le da 500 pesetas.*) ¿Quiere usted tomar algo?

CAÑETE.—La puerta ahora mismo. ¡Alza, Echaochogorritas; vuela, que nos están esperando!

LEON.—Hasta mañana, señor Cañete. (*Vanse Cañete y Echaochogorritas. León contesta a las llamadas.*) ¡Va en seguida! ¡Volando! ¡Voy!...

ESTUDIANTE 4.º—Oye, tú, las diez y pico y aquí no respira nadie.

ESTUDIANTE 5.º—A ver si hemos tomado mal el número. Saca el número.

ESTUDIANTE 4.º—(*Sacando un número de "El Liberal".*) Aquí está bien claro. (*Leyendo.*) "Se convoca a todos los opositores sin plaza en las oposiciones del Ayuntamiento a una reunión, que se celebrará esta noche, a las diez, en "El Perro Gordo", ambigú del teatro Colón, donde se tomarán importantes acuerdos."

ESTUDIANTE 5.º—¡Pues, hasta ahora, tomar, sí toman, pero acuerdos no son!

ESTUDIANTE 3.º—(*Al camarero.*) ¿Sabe usted si va a ser aquí o allí dentro?

CAMARERO.—¡Hum..., hum...!

ESTUDIANTE 1.º—(*A todos.*) ¿Pero es que nos vamos a pasar aquí toda la noche?

ESTUDIANTE 2.º—Bueno; ¿pero quién va a hablar?

ESTUDIANTE 3.º—¡Que ya es la media!

ESTUDIANTE 4.º—¡Yo traigo una proposición!

ESTUDIANTE 5.º—¿A ver qué va a ser esto?

ESTUDIANTE 1.º—¡Que empiece el acto!

LEON.—(*En el centro de la escena.*) Señores...

(*Aplausos atronadores.*)

ESTUDIANTE 2.º—¡Vamos, hombre!

ESTUDIANTE 3.º—¡Ya era hora!

TODOS.—¡Chits..., chits...!

LEON.—Señores, no me explico...

ESTUDIANTE 4.º—¡Más alto!

ESTUDIANTE 1.º—¡Que se lo explique!

ESTUDIANTE 2.º—¡Que se calle!

ESTUDIANTE 3.º—¡Que hable otro!

LEON.—Pero, señores...

TODOS.—¡Bravo! ¡Fuera! ¡Pido la palabra! (*Aplausos generales.*)

LEON.—¿Se puede saber qué les ocurre a ustedes?

ESTUDIANTE 2.º—¡Pido la palabra! ¿Qué nos ha de ocurrir? ¡Que lo diga quien nos ha convocado! ¡Siempre habrá sido usted, que tiene cara de ser el dueño del ambigú! A ver, ¿quién es el autor de este anuncio? (*Don León coge "El Liberal" y lee.*)

TODOS.—¡Bien! ¡Bravo! (*Aplausos y siseos.*)

LEON.—(*Dejando de leer y estrujando el periódico.*) ¡Ah, canalla!

ESTUDIANTE 2.º—Muy bien. ¡Ni Borrás!; pero no nos convence usted.

ESTUDIANTE 1.º—¡Se nos ha timado!

LEON.—Señores, yo aseguro...

ESTUDIANTE 3.º—Asegúrese usted primero las narices. Usted es un frescales; pero le va a salir cara la "combi". (*Alzando la voz.*) Ahora nos vamos todos sin pagar.

TODOS.—¡Eso! ¡Muy bien hablao! ¡A la calle! ¡Fuera! ¡Vámonos! (*Nuevos aplausos, gritos y risas.*)

ESTUDIANTE 1.º—Y no le rompemos a usted los huesos en unión de la loza, porque el café no ha sido del todo malo. ¡A la calle!

(*Salen todos en medio de un general alboroto, empujones, risas y exclamaciones. El camarero sujeta a León, que quiere hacer un crimen. Dentro suena una estrepitosa carcajada.*)

LEON.—(*Revolviéndose furioso.*) ¿Quién se ríe? ¿Quién se ríe? Pero ¿de qué se ríen?

(Entra el guardia Justo. Vuelve a sonar dentro otra carcajada, ésta verdaderamente atronadora.)

JUSTO.—¡Qué barbaridad! Señor, habrá que convenir en que esos frescos tienen muchísima gracia.

LEON.—(*Furioso.*) No, señor, ¿qué van a tener gracia?

JUSTO.—¿Cómo que no? ¿Pues no decías...?

LEON.—¡Cállese usted, que me han estafao dos frescos! ¡Dos frescos!

JUSTO.—¿A ti? ¿Y no te ríes? (*Tirándose en un diván.*) ¡Ay, que gracia!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja!...

LEON.—¡No se ría usted! ¡Que no se ría usted!

(Aplausos dentro.)

TELON

## ACTO SEGUNDO

Sala en casa de doña Sol, que, como vimos en el primer acto, es una matrona malagueña de rancia estirpe y de trasnochado romanticismo; verdadera institución en Congrio, lugar de la acción, pueblo costero, donde lo mismo se pesca un boquerón, que un reuma, que una merluza, gracias a la destilería de licores, de que es dueña la referida señora. Puerta amplia al foro, que comunica con una galería de patio andaluz. Puertas a izquierda y derecha. Mobiliario de principios de siglo XIX, sólido y severo.

Al levantarse el telón, están en escena doña Sol y su administrador, el pulcro don Goro, ante una mesita, revolviendo unos papeles. Delante de ellos, Frasquito, mayordomo de la fábrica, en traje de faena.

FRASQUITO.—¿De modo que vuelvo a recibir en la fábrica al Pelucho y al Revientas? Se hará, pero son mu vagos, y se pasan er día predicando ideas societarias a tos los obreros.

DOÑA SOL.—No empece.

FRASQUITO.—El alambique de la 5.<sup>a</sup> galería no funciona.

DOÑA SOL.—(*A don Goro.*) Ze le ezcribe al ingeniero y que venga.

FRASQUITO.—Se ha empaquetao los 1.200 litros de licor de fresa pa Londres.

DOÑA SOL.—Bien, márcheze a la fábrica.

FRASQUITO.—Con su permiso. (*Vase por la derecha.*)

DON GORO.—¿Continúo, señora?

DOÑA SOL.—Haga usted lo que le plazca. No zirvo para estos balanzas. Los números son prozaicos. Yo nací para tener un castillo veneciano a las orillas de la linfa de un lago azú y oír bajo er conjuro de la luna las zentimentales notas de una guzla rumorosa que la mano de un trovero desgranara en el silencio místico de una noche nupcial.

DON GORO.—¡Señora!

DOÑA SOL.—Usted no me comprende.

DON GORO.—No, señora. (*Revisando sus papeles.*) Quedamos en que...



DOÑA SOL.—(*Despectiva.*) En que esta semana han entrado en Caja 15.700 pesetas...

DON GORO.—(*Leyendo.*) Con setenta y nueve céntimos.

DOÑA SOL.—¡Hojarazca!

DON GORO.—¡Señora, que son quince mil setecientas!

DOÑA SOL.—¡Proza!

DON GORO.—Pasemos a la lista de la suscripción. (*Leyendo en una línea.*) Entregado por la Sociedad de obreros navieros... 52, con 25; ídem por la íd. de pescadores sindicados... 80; 'dem por íd. de íd. católicos... 297,50; una docena de pañuelos entregados por las empaquetadoras de la fábrica, y un roscón enviado por el ama del cura.

DOÑA SOL.—Totalicemos.

DON GORO.—Pesetas 429 con 75, doce pañuelos de las narices y un roscón.

DOÑA SOL.—¡Proza! Quince mil pesetas; toda la ganancia de este mes voy yo a sumar a esa suma, y en suma, ¿qué? ¡Proza! No es ese el verdadero óbolo que necesitan.

DON GORO.—Caray, señora, que son pesetas... pesetas... (*Se pone a sumar.*)

DOÑA SOL.—Usted ve las cosas de tejas abajo. Póngase usted en las circunstancias de esos pobres seres que reposan entre las blancas sábanas de los lechos hospitalarios de mi casa. Víctimas de una mina artera que destroza su navío en plena mar, a cien mil leguas de Suecia, su patria, son recogidos en una playa extraña por una mano exótica, y no son metálicos socorros los que requieren, son auxilios espirituales.

DON GORO.—Señora, yo no creo que estén para eso.

DOÑA SOL.—Entiéndame, si puede, el hombre de números. Me refiero a los que tonifican el corazón sin ser del Fleury. Verbigrcia: el que yo les apliqué el lunes al atardecer.

DON GORO.—¿La caneca?

DOÑA SOL.—El *Persiles* y *Segismunda*, de Cervantes. ¿No son náufragos en la convalecencia de su tragedia acuosa? Pues les leí las ciento dos páginas en que el manco sano relata una tal aventura. Aquello era un tónico para sus ánimos debilitados.

DON GORO.—¡Y tan debilitados! Seis días a dieta, ¡usted calcule!

DOÑA SOL.—¡Cómo clavaban sus abstraídos ojos en las pastas del libro!

DON GORO.—Se las querrían comer.

DOÑA SOL.—¡Don Goro, por María Santísima! ¡Que me recuerde usted la comedia de Madrid!

DON GORO.—¡¡Diez de horchata!!

DOÑA SOL.—¡No me refresque usted la memoria!

DON GORO.—Perdone la señora. Ahí viene don Claudio. Yo voy a depositar estas entregas en la Caja. (*Vase por la derecha.*)

(Por la puerta del foro entra don Claudio, el Doctor, que es un hombre cincuentón, malhumorado, corto de vista, irritable y despótico; con un sempiterno gruñido a flor de labios, un hongo a flor de nariz, que no se quita nunca, y una sombrilla verde pinzón.)

DON CLAUDIO.—¡Hum... hum...! (*Son los buenos días.*)

DOÑA SOL.—Muy buenos, señor doctor.

DON CLAUDIO.—¡Hum... hum...? (*Le pregunta por la salud.*)



DOÑA SOL.—Bien, ¿y usted?

DON CLAUDIO.—¡Hum... hum...! (*Quiere decir que bien y gracias.*)

DOÑA SOL.—No hay de qué.

DON CLAUDIO.—¿Y esos hombres?

DOÑA SOL.—En el más dulce de los reposos. Hace un momento entré con el agua azucarada, y dormían profundamente.

DON CLAUDIO.—¿Y no se la dió usted?

DOÑA SOL.—No quise turbar...

DON CLAUDIO.—(*Enfadado.*) ¡Se turba, señora! ¡Si yo dispongo un régimen enérgico y usted hace luego lo que le da la gana... a los pacientes... la hemos intoxicado!

DOÑA SOL.—Doctor, cumplo fielmente sus órdenes. Cada cuarto de hora una cucharada de agua azucarada.

DON CLAUDIO.—Sí, señora.

DOÑA SOL.—Pero así llevan seis días, sin más alimento que el agua y...

DON CLAUDIO.—¡Aunque llevaran trescientos!

DOÑA SOL.—Su postración debe ser enorme. Siempre, siempre que les llevo el agua azucarada, están durmiendo.

DON CLAUDIO.—¡Se les echa por la cabeza! Aquí, ¿quién es el médico? Usted, señora, reconocerá sus propiedades, pero usted ¿qué sabe de las propiedades de la glucosa?

DOÑA SOL.—¡Si usted hubiera visto con qué energía me suplicaba anoche el más pequeño que le llevara un huevo frito!...

DON CLAUDIO.—¡Hum, hum...! Es el delirio.

DOÑA SOL.—Y el más vetusto de los dos, al arroparle, decía que mis manos eran palomas y que quería comérselas... (*Ruborosa.*) ¡a besos!

DON CLAUDIO.—¡Ese hombre está peor! (*Se lanza a verle.*)

DOÑA SOL.—Don Claudio, ¡no! Usted es un hombre brusco y le despertaría sin dulzura.

DON CLAUDIO.—¿Es que hay que despertarle con chantilly? Se olvida usted de que son lobos marinos. Y a propósito, ¿sabe usted lo que va diciendo por ahí el boticario?

DOÑA SOL.—Alguna villanía. Todo el mundo sabe que él y yo somos los últimos vástagos de dos linajudas familias que se odiaron a muerte. El, cuando no tiene más remedio que pasar por mi puerta, escupe y pisa. ¡Qué ordinariez!

DON CLAUDIO.—Sí, señora, sí, pero...

DOÑA SOL.—Yo, más noble, cuando paso por la botica, sabe todo el pueblo que me limito a lanzar una leve carcajada sarcástica: ¡Ja, ja, ja!, sin mirar. (*Haciéndolo.*) ¡Ja, ja, ja!

DON CLAUDIO.—Sí, señora, sí, pero...

DOÑA SOL.—Además, usted sabe que este pueblo es visitado por inúmeros turistas que vienen a admirar las colecciones de trajes históricos auténticos que poseemos, él y yo.

DON CLAUDIO.—Sí, señora, sí, pero...

DOÑA SOL.—Y no puede sufrir que su colección sea una lamentable birria descosida, mientras la mía es completísima y auténtiquísima.

DON CLAUDIO.—¡Señora! Todo eso lo sabe todo el mundo. Lo que no sabe usted es lo que dice el boticario.

DOÑA SOL.—¿Qué bala ese bovino?

DON CLAUDIO.—Pues dice que por no tener usted nada auténtico, no lo son ni esos náufragos.

DOÑA SOL.—¡Ah, falsario!

DON CLAUDIO.—Señora, usted tiene una folletinitis romántica aguda, y por eso no ve que esos dos tíos que tiene usted ahí son dos sinvergüenzas...

DOÑA SOL.—¿Pero qué está usted diciendo?

DON CLAUDIO.—¡Dos frescos! Por eso los tengo a dieta de agua azucarada... ¡Y lo que te rondaré, morena! ¡Venir a Andalucía a tomarnos el pelo! Ya les daré yo chufia para un rato.

DOÑA SOL.—¡Ay, que tiene usted razón! Yo vi en la Corte una comedia en la que un fresco, a fuerza de ingenio, triunfa...

DON CLAUDIO.—Bueno, eso pasará en el teatro, pero estos frescos reales van a sudar lo suyo. Pensaba habérmelas yo solito con ellos, pero necesito de usted para que me deje hacer.

DOÑA SOL.—Pero el pueblo cree que...

DON CLAUDIO.—Déjelo usted. La suscripción servirá para hacer limosnas. Usted siga la corriente. Los voy a matar ¡sin medicinas!, cosa que yo no acostumbro a hacer, pero...

DOÑA SOL.—¡Doctor!

DON CLAUDIO.—Usted permitirá que yo les envíe unas visititas. ¡Se van a divertir! Y como probablemente, alguno, aprovechando sus condiciones románticas de usted, pretenderá enamorarla, a ver cómo se las compone usted para tomarles los rizos.

DOÑA SOL.—Sí, señor, sí.

DON CLAUDIO.—La verdad no la saben más que usted y yo. Algo sospecha el boticario, pero no tiene certidumbre.

DOÑA SOL.—Eso de que el chufión del boticario, mi rival coleccionista, se meta en esto, me pone los nervios foscos.

DON CLAUDIO.—El boticario es otro caso de imbecilidad.

DOÑA SOL.—¿Cómo otro? ¿Cuál es el otro?

DON CLAUDIO.—Yo me entiendo. Venga esa mano. (*Se la coge.*) No hay más que hablar. Silencio, discreción y... ¡glucosa!, mucha glucosa, ¡nada más que glucosa! (*Despidiéndose.*) ¡Hum, hum, hum...!

DOÑA SOL.—Sí, señor, hasta luego. (*Don Claudio hace medio mutis por el foro.*)

DON CLAUDIO.—Señora, permítame usted que salga por la fábrica. Ahí viene el animal de Dulce Meneo, el Alcalde, digo, y es un hombre que me ¡raspa! ¡No puedo con él!

DOÑA SOL.—Por donde usted quiera, doctor.

DON CLAUDIO.—¡Hum... hum...! (*Se va por la derecha.*)

DOÑA SOL.—Hasta luego.

(Aparecen en la puerta del foro Gasparete (a) Dulce Meneo, llamado así por el dulce movimiento que imprime a su cuerpo cuando anda, y dos concejales del Ayuntamiento. Es gente ruda; marineros.)

GASPARETE.—¿Da usted su permiso?

DOÑA SOL.—Lo dono.

GASPARETE.—(*A los concejales.*) ¿Qué ha dicho?

DOÑA SOL.—Adelante.

GASPARETE.—(*A los concejales.*) ¡Avante! ¿La señora güena? Nosotros güenos. Eso es güeno. Gracias.

CONCEJALES 1.º y 2.º.—No hay de qué.

GASPARETE.—Iguarmente. (*A doña Sol.*) ¿Qué dice usted?

DOÑA SOL.—Nada: todo se lo han dicho ustedes.

GASPARETE.—Pues con su permiso nos quitaremos los sombreros. Muchas gracias.

CONCEJALES 1.º y 2.º.—Iguarmente.

GASPARETE.—No hay de qué. (*A doña Sol.*) ¿Qué dice usted?

DOÑA SOL.—Lo mismo digo. Tomen ustedes asiento. Siéntese usted, Dulce Meneo. ¡Huy!, perdone usted, quise decir...

GASPARETE.—¡Ché! Doña Sol: un hombre me dice a mí Dulce Meneo y no acaba; vamos, que se traga el dulce, del meneo que le soplo; pero me lo dice usted, y es un piropo que se estima y se corresponde con otro. (*En son de requiebro.*) ¡Doña Sol! ¡Doña Sol! ¡Ay, doña Sol!

DOÑA SOL.—Pues dirá usted, Gasparete.

GASPARETE.—En este momento, yo no soy Gasparete, ni éste es éste, ni este otro es este otro. ¿Usted se sabe er Catecismo?

DOÑA SOL.—¡Hombre!

GASPARETE.—Pues aquí tiene usted a la Santísima Trinidad. Tres personas distintas y un solo Ayuntamiento verdadero. El arcarde, el teniente arcarde y er síndico der cabirido de la villa de Congrio, provincia de Málaga, puerto de mar. ¿Se aprueba? ¡Aprobao! Y a lo que estamos, tuerta. (*Al concejal 2.º*) Afloja la guita tú. (*El concejal 2.º saca un par de billetes de la faja.*) Quince duros que votó anoche el Ayuntamiento pa los náufragos.

DOÑA SOL.—¡Oh, ecuanimes ediles!

GASPARETE.—¿Eh?

DOÑA SOL.—¡Y que haya estigmatizadores del Concejo!

GASPARETE.—¿Cómo?

DOÑA SOL.—Digo, que ese óbolo munífico...

GASPARETE.—(*A los concejales.*) ¿Pero qué dice? Señora: es que no se ha podío recoger más. De todas maneras, la Mesa agradece esas... *palabras* de elogio que se le han dirigió. ¿Se aprueba? ¡Aprobao!

DOÑA SOL.—El señor síndico puede hacerme entrega, cuando guste, del misericordioso óbolo.

GASPARETE.—(*Al concejal 1.º*) El óbolo, tú.

CONCEJAL 1.º.—¿Qué óbolo?

CONCEJAL 2.º.—El óbolo.

GASPARETE.—La verdá, señora... ya sabe usted que en er cabirido tós nos guiamos de lo que manda er Secretario, y ¡mar tiro le den!, no sé cómo se las arregla pa apandar lo to. Na, que nos ha mandao con er dinero solamente. ¿A que se ha quedao con el óbolo?

DOÑA SOL.—¡Hombre!...

GASPARETE.—No, si es un tío atroz. ¡Donde él mete mano!... Con decirle a usted que suma por... ¿cómo dice? ¡Por Argebra!

DOÑA SOL.—¿Eh?

GASPARETE.—Sí, señora: cinco y cinco, diez, y cinco, quince, y de quince me llevo ocho. ¡Argebra!

DOÑA SOL.—No nos salgamos de la cuestión. El óbolo es el dinero.

GASPARETE.—¡Ah!, bueno. (*Al concejal 2.º*) Trae eso. (*Dándole los billetes a doña Sol.*) Ahí va la mosca. Y ahora usted dispense que le suerte un discurso.

DOÑA SOL.—Hombre, no.

GASPARETE.—Sí, señora.

DOÑA SOL.—Está usted dispensado.

GASPARETE.—No hay más remedio.

DOÑA SOL.—No encuentro palabras...

GASPARETE.—Las traigo yo toas. (*En orador.*) Señora: El Ayuntamiento de este pueblo ha tenido el honor de mandarme por las buenas a esta su casa pa que la salude a usted en su nombre. ¡Hola, doña Sol! Doña Sol: lo peor no es eso. Lo peor es que, en vista de lo bien que se está usted portando con esos náufragos, er Secretario la ha nombrao a usted benemérita del pueblo. Doña Sol Ruiz Perea: usted ya no es doña Sol Ruiz Perea, doña Sol. Usted ya no es doña Sol. Usted es la benemérita.

DOÑA SOL.—Pero ¿cómo puede ser eso?

GASPARETE.—Eso digo yo. Ar cabo de la Guardia civil no le ha sen-



tao muy bien; pero er Secretario, ¡mar tiro le den!, ¡y que le den!... güeno: usted es la benemérita y usted perdón. ¿Se aprueba? ¡Aprobao!

DOÑA SOL.—Basta, Gasparete. Esos náufragos oriundos de la lejana y brumosa Suecia, sabrán agradecer...

GASPARETE.—¿Podemos verlos?

DOÑA SOL.—No; porque el facultativo ha ordenado que no abandonen el lecho, ni tomen otra cosa que agua azucarada.

GASPARETE.—¿Y así llevan seis días?

DOÑA SOL.—Seis.

GASPARETE.—Pues vaya unas tripitas que tendrán.

DOÑA SOL.—No sea usted prosaico. No tienen tripitas.

GASPARETE.—Me lo figuro.

DOÑA SOL.—Lo que tienen son unos delirios espantosos, en los que dicen horrores del agua. Sin duda, el naufragio les ha hecho aborrecerla; tanto, que cuando ven la que le llevamos en un vaso, dan voces.

GASPARETE.—¿Y han explicao ya cómo fué el naufragio? Lo digo ar tanto de que er chufín del boticario anda diciendo por ahí que tan náufragos son esos como yo Cardenal de Sevilla. Y que él los vió venir a pié la noche antes por la carretera de Ronda, vestidos con esos trajes de hule, y que lo que han hecho es darse un baño y ponerse luego a dar gritos sobre la roca, hasta que fuimos por ellos.

DOÑA SOL.—¡Impostura! Son dos náufragos de carne y hueso, que le conste al boticario, y ocurrió el choque en las costas de Canarias, y llegaron a estas playas en seguida.

GASPARETE.—Güeno, en seguida... desde Canarias aquí... lo que es en seguida... no puede ser.

DOÑA SOL.—Sí, señor, sí puede ser. Chocó la goleta, estalló la mina y vinieron en un bote. (Esto lo he oído yo en Madrid.)

GASPARETE.—Se lo diré al boticario.

DOÑA SOL.—Y dígale también que han estado quince días sobre la roca de Punta-Arenas, comiendo algas marinas. ¡Algas de verdad! No las hojas de lechuga que empaqueta el farmacéutico para enviarlas a los establecimientos hidroterápicos de la Corte. (*Se enfurece.*)

GASPARETE.—Se le dirá, se le dirá todo eso. ¿Manda usted algo más?

DOÑA SOL.—Y dígale que son dos caballeros. Sobre todo el más maduro. ¡Con qué hidalgo ademán me oprime la mano cuando le arreglo el embozo! ¡Qué mirada, cuando le llevo por quinta o sexta vez el agua con azúcar!

GASPARETE.—Que sí, señora. ¿Manda usted algo más?

DOÑA SOL.—Gracias, Gasparete. Puede retirarse cuando guste. Muchas gracias.

GASPARETE.—Iguarmente. No hay de qué. (*A los concejales.*) ¡Arreando!

DOÑA SOL.—(*Despidiéndoles con una reverencia.*) Señores... (*En la misma puerta se vuelven al mismo tiempo los tres.*)

GASPARETE.—¡¡Güenos días!!

CONCEJALES 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup>—¡Iguarmente! (*Se van Gasparete y los concejales.*)

DOÑA SOL.—Entregaré a don Goro este dinero. (*Haciendo mutis por la derecha.*) ¡Ese boticario me perseguirá toda la vida con el amargo acíbar de su burla!

(*Salen Echaochogorritas y Cañete por la izquierda con todo género de precauciones. Visten trajes de lobos marinos.*)

ECHAO.—Salga usted, que no hay nadie.

CAÑETE.—(*Saliendo.*) ¿Qué pasa? (*Bostezando.*) ¡Aaaah!...

ECHAO.—Pasa que estoy oliendo a pescado frito... (*Olfatea.*) y es por aquí, por aquí es...

CAÑETE.—Echa, que me pierdes y que te pierdes tú.

ECHAO.—¡Quiá, yo no me pierdo! Voy bien. Es por aquí. (*Bostezando.*) ¡Aaaah!... ¡A la cocina!

CAÑETE.—Echa, que si se percatan de que queremos ingerir algo sólido va a venir Sacrita, la doncella, y nos va a dar glucosa. (*Bosteza.*) ¡Aaah! ¿Has visto qué doncella más guapa?

ECHAO.—Está para comérsela. (*Bosteza.*) Comprendo a los antropófagos. ¡No puedo más!

CAÑETE.—¿Y tú eras el hombre fibrudo, nervudo y forzado? ¿El hombre de riñones y de corazón? ¿Dónde están los riñones?

ECHAO.—Le suplico a usted que no haga citas alimenticias, que me mareo. ¡Métase usted a fresco para esto! (*Bosteza.*) Para que le tengan seis días con agua azucarada. Si lo sé naufrago de verdad. Prefiero el agua salada. Con azúcar está peor.

CAÑETE.—¡Y que es morena!

ECHAO.—¿Y para esto me ha traído usted a la provincia de Cádiz?

CAÑETE.—¡Qué Cádiz, hombre, qué Cádiz! Estamos en la provincia de Málaga, en la tierra de los boquerones. (*Bosteza.*)

ECHAO.—No me los nombre usted, por lo que más quiera.

CAÑETE.—Pues por lo que más quieras tú, por el relleno de un emparejado, reflexiona, Echaochogorritas, volvamos al lecho.

ECHAO.—Ni por hipnotismo.

CAÑETE.—Mira que si nos sorprenden danzando pueden olerse la tostada.

ECHAO.—¡Que no me haga usted citas comestibles!

CAÑETE.—Si es que me brotan sin querer. ¡Aaaah!...

ECHAO.—Le digo a usted que yo no aguanto más, que yo no hago más el fresco y que prefiero que me calienten y que me hagan un cocido a la carrera.

CAÑETE.—¡¡ Maldición!!

ECHAO.—¡Bah! Que le frían a usted una rana. Digo, ¡eso quisiera usted!

CAÑETE.—Hay que resistir, hay que continuar la comedia. Ya no nos podemos volver atrás. Tenemos que ser náufragos suecos hasta tocar las costas del triunfo. Recuerda los apuros que pasó el fresco de Cercedilla antes de llegar a director general de Comunicaciones.

ECHAO.—¡Qué tiene que ver! Esto de pasarse toda una noche sobre una roca marina, expuesto a que le pille a uno un cangrejo, y luego seis días tomando agua con azúcar, no lo he visto yo en ninguna comedia de risa. Y no me choca, porque es un drama.

CAÑETE.—Te daba de tortas hasta hacerme callos, ¡caracoles!

ECHAO.—Que no me nombre usted ciertas cosas.

CAÑETE.—¡Si es que eres un queso!

ECHAO.—¡Y dale! ¿Sabe usted lo que le digo?, que es preciso que usted demuestre que es un fresco digno de todos los que hemos visto en el teatro. ¡Pero ya!

CAÑETE.—¡Hombre, paciencia! ¡Aaaah!

ECHAO.—¡Qué paciencia ni qué rábanos! Ahí está Doña Sol, soltera, rica y romántica, y usted en clases pasivas. Vamos, hombre, ¿pa qué ha visto usted "La frescura de Lafuente" ochenta y cuatro noches? Lafuente en su caso de usted ya se habría llevado a Doña Sol a Estokolmo.

CAÑETE.—¿Pero tú crees que a una dama de su alcurnia se la conquista como a una cocinera?

ECHAO.—Una cocinera sería el ideal.

CAÑETE.—Calma, calma; no hay que precipitar los acontecimientos.



ECHAO.—¡Pero, hombre, si en cuanto usted le haga la rosca es pan comido!... ¡Aaaah! Ahora soy yo el que hace citas molestas.

CAÑETE.—¿Ves como es que brotan?

ECHAO.—No, no se salga usted por peteneras. O usted se pone en fresco y empieza a hacer frescuras, o yo me chico y salimos de aquí para la cárcel. Usted verá.

CAÑETE.—Echa, que me pierdes.

ECHAO.—No hay tu tía. Ahora mismo digo quién somos y que nos den unas chuletas.

CAÑETE.—¡Que te las van a dar!

ECHAO.—Ahí viene Doña Sol. Duro con ella.

CAÑETE.—No me dejes solo.

ECHAO.—O la conquista usted o descubro el pastel.

CAÑETE.—(*Bostezando.*) ¡Aaaah..., pastel! Aguarda.

ECHAO.—Usted verá lo que hace. O usted se hace el fresco o yo me hago el loco y ¡se acabó! Ahí estoy al acecho. (*Vase por la puerta del foro.*)

CAÑETE.—No hay más remedio. Ese es muy bruto y es capaz de venderme por un plato de lentejas... ¡Sea lo que Dios quiera! ¡A fresquear, Cañete! ¡Ha llegado la hora!

(Sale doña Sol por la derecha.)

DOÑA SOL.—¡Capitán! ¿Usted en pie? ¿Usted aquí? ¿A qué viene usted? ¿A qué viene esto? ¿Qué es esto?

CAÑETE.—¡Eso!, digo, esto... Señora..., señora..., esto..., esto es... ¡yo no sé lo que es esto! ¡Esto es un lío! (*Se lanza.*) ¡Ah!, esto es una locura, un vértigo, un frenesí. (*Te apabullo, Lafuente.*)

DOÑA SOL.—¿Un frenesí?

CAÑETE.—¡Sí!

DOÑA SOL.—(*Comprendiendo algo y ruborosa.*) ¡Capitán! (*Se sienta en el sofá.*) ¡Capitán! (*Aparte.*) ¡Te has caído!

CAÑETE.—¡Doña Sol!... (*¡La escena del sofá!*) Esta señora no debe conocer el "Tenorio". Yo se lo largo.

"Doña Sol del alma mía,  
luz de donde el sol la toma,  
hermosísima (*Bostezando.*) paloma..."

DOÑA SOL.—No sigáis; lo sé todo.

CAÑETE.—(*Aparte.*) ¡La he metido!

DOÑA SOL.—Vuestros ojos han hablado más que lo que puede oír una mujer soltera.

CAÑETE.—(*Comprendiendo.*) ¡Ah! (*Rápido y con pasión arrebatadora.*) ¡Ah! (*Cayendo a sus pies.*) ¡No! Lo que os han dicho mis ojos no es sino un leve balbuceo del romance de mis sentires, de mis quererres, de mis ensueños...

DOÑA SOL.—(*Recostándose en el sofá.*) ¡Oh, qué música!

CAÑETE.—¡Ay, que se lo cree! ¡Mujer ángel, sol con alas, sol alado!

DOÑA SOL.—¡No!

CAÑETE.—¡Sí, sol alado, mi sol, sol alado!

DOÑA SOL.—¡Ah, qué música!

CAÑETE.—¡Mujer de ensueño!

DOÑA SOL.—¡Sí!

CAÑETE.—¡Mujer misteriosa!

DOÑA SOL.—¡ Sí!

CAÑETE.—¡ Mujer ideal!

DOÑA SOL.—¡ Sí!

CAÑETE.—¡ Mujer vaga!

DOÑA SOL.—(*Incorporándose rápidamente.*) ¡¡ Eso, no!!

CAÑETE.—¡ Perdonad! Maja española, flor malagueña; dadme vuestra mano, dejad que os trasplante a la bella tierra escandinava, y veréis la honda impresión que les hace a los reyes suecos una malagueña.

DOÑA SOL.—No puedo escucharos. ¿Con quién creéis que tratáis? ¡Oh!

CAÑETE.—Ya está; ¡ el trompazo!

DOÑA SOL.—De rancia estirpe soy, y tengo principios.

CAÑETE.—Con eso me basta. Os amo y pongo mi corazón a vuestros pies, para que, si queréis, lo holléis, ¿oyís?, digo, ¿oyéis?, digo, ¿oís?...

DOÑA SOL.—¡ Capitán! (*Queda un rato como abrumada por sus pensamientos.*)

CAÑETE.—(*Aparte.*) Nada, ¡ si no podía fallar! ¡ Si es lo que se ve todos los días! El fresco que se decide... Esta se me entrega con todos sus millones. (*Alto y místico.*) Sol, ¿ me creéis indigno de vos? ¡ Erráis! Soy ilustre, rico y noble. Allá en Suecia poseo un vasto castillo rodeado de almendros en flor. Por parte de madre, toda la Paquesia noruega me pertenece, y por parte de padre, toda la Gimnasia sueca es mía. ¡ Ya es nuestra!

DOÑA SOL.—Perdonad, capitán, que por ahora corresponda a vuestra oferta de almendros con unas calabazas.

CAÑETE.—¡ Oh, no! Prefiero un par de capones a ese donativo vegetariano.

DOÑA SOL.—(*Resuelta.*) Pues bien, ¡ sea! Temo la "vox pópulis"; pero yo ~~abr~~é ~~acallar~~la con un generoso rasgo. Confíad en mí. (Ya veréis lo que es bueno.)

CAÑETE.—¡ Cielos! Luego, ¡ sí!, luego, entences... ¡ Ah, señora!

(*Por la puerta del foro entra, desolada, Sacra, la doncella, una chica muy moxa.*)

SACRA.—¡ Señorita! ¡ Señorita! ¡ Jesús, María Santísima!

DOÑA SOL.—¿ Qué acaece, mujer, qué acaece?

SACRA.—Que el otro señorito se ha metido en la cocina y se empeña en meterle mano a las chuletas y a las arbóndigas y a Rosariyo...

DOÑA SOL.—¿ También a Rosariyo?...

SACRA.—¡ Místelo, el médico se lo trae!

(*Entra don Claudio, llevando de una oreja a Echaochogorritas.*)

DON CLAUDIO.—Venga usted para acá, suicida... (*A Cañete.*) ¿ Cómo? ¿ Usted también levantado? ¡ A la cama!

CAÑETE.—¡ Sol! ¡ A la cama, no!

DOÑA SOL.—¡ Doctor, piedad!

DON CLAUDIO.—Bien, bien; traigan unas mantas. Vengan esos dos sillones. ¡ A sentarse aquí! ¡ Esto sí que no lo perdono!

CAÑETE.—No hay por qué, doctor. Esto no es desagradable.

DON CLAUDIO.—(*Sentando a Echaochogorritas.*) ¡ Ajajá!

ECHAQ.—Bueno; pues que nos den un tentempié para poder estar sentados.

SACRA.—(*Que ha ido por las mantas y vuelve con ellas.*) Aquí están las mantas.

DON CLAUDIO.—Pónganselas y traigan luego dos tazones de caldo. (*Se pone a escribir en un recetario.*)

DOÑA SOL.—(*Arrojando a Cañete.*) ¿Estáis bien así? ¿Os raspa? ¿Os sofoca? No quisiera resultar molesta ni empalagosa.

CAÑETE.—A mí no me empalaga el dulce.

DOÑA SOL.—Entonces, cuanto más arrope, mejor. (*Le abriga desconsideradamente.*)

CAÑETE.—¡Arrope, arrope!

ECHAO.—(*Cogiéndole a Sacra una mano.*) Joven pincha, si me echas unas rebanadas de pan en el caldo me caso mañana contigo.

SACRA.—Mañana es 13, y yo no me caso en 13.

ECHAO.—Pues me caso en diez, pero echámelas.

DON CLAUDIO.—Sacra, toma. (*Le da la receta.*) De esto, dos cucharadas en cada tazón.

SACRA.—Está bien. (*Se va.*)

DON CLAUDIO.—(*A Doña Sol.*) Tengo que darle a usted nuevas instrucciones.

DOÑA SOL.—Las que guste, doctor. Pasemos a la fábrica.

DON CLAUDIO.—Vamos allá. (*Mutis por la derecha.*)

(*Quedan solos Cañete y Echaochogorritas, los dos muy arropados, Cañete hasta la cabeza.*)

ECHAO.—Vaya, yo echo por la calle de en medio. Tenía ya una pescadilla agarrada por la cola, cuando vino ese médico acuoso y... ¡no! Y usted, ¿qué? Nada, ¿eh? Pues se terminó. ¡Yo me destapo!

CAÑETE.—(*Asomando apenas la nariz por entre la manta.*) Eres una candria inocente. Escucha: he atacado esa fortaleza vetusta mientras tú le hacías la rosca a las pescadillas.

ECHAO.—¿Pero no puede usted emitir otros conceptos menos nutritivos?

CAÑETE.—Oye. ¿Me oyes? ¡Me la llevo a Estokolmo! Hay que liarse la manta a la cabeza.

ECHAO.—Un cuerno, que estamos en agosto.

CAÑETE.—Embózate, que oigo pasos.

(*Sale por el foro don Goro, precediendo a un periodista, al que vamos a llamar X, y tres lobos de mar, muy brutos.*)

DON GORO.—Por aquí, señores, por aquí. Seguramente estarán durmiendo, pero los podrán ver. No hagan ruido. (*Descubriéndoles.*) ¿Eh?, ¿ustedes aquí?

CAÑETE.—¡Pche!

DON GORO.—Pues aquí tienen ustedes dos visitas. (*Presentando a X.*) El joven reporte de "La Voz de Málaga"...

X.—Y de "La Voz de Ronda". Trabajo a dos voces.

CAÑETE.—(*Dándole la mano por debajo de la manta.*) Tanto gusto, joven ventrílocuo. (*Echaochogorritas hace lo mismo.*)

DON GORO.—(*Por los lobos de mar.*) Y estos señores, que son de la Directiva del Sindicato de obreros navieros.

LOBO 1.º—(*Con voz de trueno.*) ¡Ahí va mi mano! (*Se la da a Cañete.*)

LOBOS 2.º y 3.º—(*Dándole furiosas palmadas a Echaochogorritas.*) ¡Compañeros!

LOBO 1.º—Ya no nos morimos, ¿eh?

LOBO 2.º—¡Gracias a Doña Sol!

LOBO 3.º—¡Que es muy buena!

LOBO 1.º—¡Y con mucho "pesqui"!

X.—Hombre, estos señores suecos no sabrán lo que es “pesqui”; quieren decir que es una dama de talento, inteligente, sesuda, ¿eh?

CAÑETE.—El quilo, sí, señor.

X.—Pues celebro la mejoría y me van a permitir que les entreviue. Son ustedes las figuras del día en toda la región. El relato de su odisea sobre las olas se lo van a beber.

SACRA.—(*Entrando con los tazones, que da a los “náufragos”.*) Er cardo.

CAÑETE.—(*Cogiendo un tazón.*) ¡Oh, qué escucho! ¡Qué veo! ¡Qué poco!

X.—Como digo, señores, se lo van a beber.

ECHAO.—¡Eso es viejo! (*Espurrea lo que ha bebido.*) ¡Puaff!



SACRA.—Debe ser los porvos que ha recetao Don Claudio.

ECHAO.—El médico, ¿eh? Nada, que la ha tomado con nosotros ese galeno.

CAÑETE.—¡Puaff! Bueno, pues llévate esta indecencia al W. C.

DON GORO.—¡Vaya por Dios! La señora va a enfadarse.

CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) ¡Que se va a enfadar! ¡Duro con el consomé! (*Se beben el caldo durante lo que sigue, haciendo visajes.*)

X.—Figúrense ustedes cómo voy a titular la información: “Mar y cielo.—Sombra y fulgor.—El explosivo.—Éter y agua.”

DON GORO.—Perdone: éter, no. No se les ha dado más que agua.

X.—Esto del éter quiere decir cuando, ¡zaz!, volaron, y esto del agua, cuando, ¡plaf!, nadaron.

ECHAO.—Vaya una fantasía, ¿eh?

X.—Ahora es preciso que ustedes me hagan un bello relato de la aventura.

ECHAO.—¡Atiza!

CAÑETE.—No sé si podré...

X.—El compañero le ayudará.

ECHAO.—Yo, la verdad, me impresionó tanto la..., que puede que diga alguna tontería.

X.—No importa: es para contarlo en un periódico. Vamos, comprendo que no es agradable...

CAÑETE.—(*Por el caldo.*) No, señor, no.

X.—Y que el recuerdo...; pero, en fin, ¡ánimos!, aunque sea muy amargo. Los malos tragos, pasarlos pronto

CAÑETE.—Tiene usted razón. (*Cierra los ojos y se bebe el caldo.*)

X.—(*Preparando el lápiz.*) Venga de ahí.

CAÑETE.—Francamente. No quisiera evocar aquellos trágicos instantes, aquellos instantes trágicos en que... la tragedia..., y puede que se me olvide algún detalle.

(Doña Sol aparece en este instante por la derecha y queda oyendo la entrevista.)

X.—Si algún cabo le queda suelto, aquí el compañero...

ECHAO.—No tenga usted cuidado. A mi capitán no se le escapa ningún cabo.

CAÑETE.—Era de noche. ¿Era de noche? ¡Sí, era de noche!

ECHAO.—(*Conteniendo la risa.*) ¡Puaf...!

CAÑETE.—No te rías, que nos linchan. (*Alto.*) El sólido viento y el líquido elemento, arrancando todos los mástiles, nos había dejado sin velas. No se veía nada. En el cielo, ni un astro; en el mar, ni gota.

ECHAO.—(*Riendo debajo de la manta.*) ¡Puaf! ¡Ja, ja, ja!

CAÑETE.—(*Aparte a Echaochogorritas.*) Contento.

X.—¿Decían ustedes?

CAÑETE.—¡Oh, nada! ¡Pobre amigo mío! No puede oír con calma el trágico relato, y si continúa va a soltar la carcajada histérica. ¡La locura!

LOBOS 1.º y 2.º—¡Pobrecillo!

ECHAO.—(*A casquete quitado.*) ¡Ja, ja, ja, ja!...

CAÑETE.—¡La carcajada!

X.—¡Pobre hombre!

LOBOS 1.º, 2.º y 3.º—¡Pobrecillo!

DON GORO.—Yo creo que en vez de entristecernos, debíamos reírnos para no llevarle la contraria.

LOBO 1.º—¡Eso! ¡Eso!

TODOS.—¡Ja, ja, ja, ja!...

ECHAO.—(*Más fuerte.*) ¡Ja, ja, ja, ja!...

X.—¿Pero por qué se ríe ahora?

CAÑETE.—No sé. Yo creo que ya no tiene razón.

DON GORO.—Ni pizca.

LOBO 1.º—(*Dándole furiosas palmadas en la espalda.*) ¡Compañero! ¡Compañero! (*Echaochogorritas cesa de reír, lastimado.*)

X.—Prosiga usted.

CAÑETE.—En uno de esos momentos en que se me iban las fuerzas y se me iba el timón, y un sudor se me iba y otro se me venía, descubrí, a pocos metros de la banda izquierda del barco, un bulto negro.

LOBO 1.º—La mina.

CAÑETE.—Quise mirar para descubrir el bulto, pero todo fué inútil. Tocó la banda y ¡catapún, pum!, empezó el baile. ¡Una detonación!, ¡un chorro!, ¡un crujido!, ¡una llamarada!, y ¡plaf!, al agua. Nos encontramos junto a un tablancillo salvador. Poco a poco, las nubes se disiparon y aparecieron los luceros. En cuanto salió el primero, tomamos asiento en el tablancillo y empezó la lidia. ¡Lidia brutal con las encrespadas olas! Lucha feroz, lucha cruenta...

ECHAO.—¡Ja, ja, ja, ja!...

DOÑA SOL.—(*Socarrona y muy melosa.*) ¡Darle! ¡Darle!

LOBOS 1.º, 2.º y 3.º—(*Dándole palmadas en la espalda.*) ¡Compañero! ¡Compañero!

ECHAO.—(*Dolido.*) ¡Compañero, qué brutos!

X.—Perfectamente. (*Guardando sus cuartillas.*) Voy a tener un éxito brutal. Mañana se publicará en la *Voz de Málaga*, y enviaré a don Goro unos cuantos números.

CAÑETE.—Ardo en deseos de leerlo.

DOÑA SOL.—Descuide usted. Yo me encargo de eso.

X.—A las siete creo que llega el correo que trae *La Voz de Málaga*.

DOÑA SOL.—Muy temprano es, pero aunque esté durmiendo. (*A don Goro.*) Entra usted y les da un par de voces.

X.—(*Despidiéndose.*) Señora... señores... Corro al telégrafo.

DOÑA SOL.—(*A X.*) Le felicito, amigo X. ¡Qué número más atrayente va a ser el número de mañana. (*Le acompaña en el mutis.*)

X.—Por Dios, señora, no se moleste.

DOÑA SOL.—No es molestia.

X.—(*Haciendo mutis, y a doña Sol.*) Titulares a dos columnas... y toda la primera plana. Sale mañana.

DOÑA SOL.—(*Haciendo mutis con X y felicitándole.*) Sí, ya lo sé, mañana sale. ¡Vaya un número bonito! (*Mutis de doña Sol y X por el foro.*)

LOBO 1.º—(*Con voz de trueno y medio saludando militarmente.*) Mi capitán.

CAÑETE.—(*Con voz de caja de truenos.*) Baja la mano, muchacho.

LOBO 1.º—Venimos en nombre der Sindicato.

CAÑETE.—(*Con voz profunda.*) ¿Qué desea el Sindicato?

LOBO 1.º—Se van ustedes a venir con nosotros y van a tomar una tajá como un trasatlántico.

ECHAO.—¿Una tajá? ¡Venga!

CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) No sé si debemos...

ECHAO.—¿Cómo? Habrá algo de comer y dice usted que...

LOBO 1.º—Abajo esperan los compañeros.

CAÑETE.—Hombre, por compañerismo, ya es otra cosa.

ECHAO.—¡Habrás hipócrita!

LOBO 1.º—¡Vivan los lobos de mar!

CAÑETE.—¡Vivan!

DON GORO.—Pero ¿dónde van ustedes?

CAÑETE.—Con los lobos.

DON GORO.—¿A qué?

ECHAO.—A coger una mona.

DOÑA SOL.—(*Saliendo.*) ¿Qué es esto?

CAÑETE.—¡Arrea!

ECHAO.—¡Atiza, la glucosa!

CAÑETE.—Señora. Los compañeros que nos invitan...

LOBO 1.º—Con su permiso. Vamos a la cantina del muelle.

CAÑETE.—No podemos excusarnos. ¡Son los cofrades españoles! ¡Qué se diría en Escandinavia!

DOÑA SOL.—¡Oh, no puedo negarme! Tenéis razón, consiento por el qué dirán de Escandinavia. Pero mis protegidos no pueden salir de casa con el traje de la tragedia. El señor Administrador se encargará de proporcionarles el indumento que corresponde a su decoro, mientras ustedes les esperan en el patio con los demás compañeros.

LOBO 1.º—¡Sí, señora! ¡Capitán, abajo esperamos! Y que nos hemos traído una sorpresa...

LOBO 2.º—Calla y no la suertes.

LOBO 1.º—¡Qué voy a sortar! (*Saludando.*) ¡Señora! ¡Capitán! (*A los lobos.*) Avanti, muchachos. (*Mutis de los lobos.*)

DON GORO.—(*A Echaochogorritas y Cañete.*) Síganme ustedes por aquí. (*Por la izquierda.*)

CAÑETE.—(*A doña Sol.*) Gracias por esas prendas, prenda mía.

DOÑA SOL.—(*Socarrona.*) Capitán: Vos que vestiréis allá en Escandinavia trajes de terciopelo y tisúes y pijamas de perlas...

CAÑETE.—No tanto. Pero si me seguís vos allá, cualquier cosa que me pongáis me parecerá de perlas. (*M. M.*) ¡Ya es mía! (*Saludando.*) ¡Sol!...

DOÑA SOL.—¡Capitán!... (*Se va Cañete.*) ¡Este don Claudio es el diablo en persona! Buenos me van a poner a este par de sinvergüenzas esos lobos marinos! ¡Y en ayunas que me los cogen!

(*Va a hacer mutis por la derecha, cuando aparece León por el foro. Este León es el dueño del ambigú del acto 1.º Viene vestido con un largo guardapolvos y gorro de viaje. Trae en la mano una maleta.*)

LEON.—(*Dentro.*) ¿Cómo que no? (*Furioso.*) Joroba. ¡Pues ya lo creo que paso! ¡Vayan ustedes a escardar cebollinos! (*Entra.*) ¿Se puede pasar?

DOÑA SOL.—Don León. ¡Tanto bueno! Y como siempre, de mal humor.

LEON.—(*Hecho un viajante grosero.*) ¡Como siempre, no, señora! Cuando tuvo usted el gusto de verme en Madrid, que por cierto ya tenía yo la representación de su casa y no nos conocíamos, era yo una flor de malva... decía chistes... ¡y todo!...

DOÑA SOL.—¡No me los recuerde!

LEON.—Pues desde que me dedicó usted a viajar sus licores, no me conozco, señora. (*Le da la mano en que tiene la maleta.*) ¿Cómo está usted?

DOÑA SOL.—¿Ha llegado usted ahora mismo?

LEON.—Sí, señora, a las once; he venido en el tren de las cuatro. Un pequeño retraso, pero yo por mi parte vengo echando chispas. (*Tose, carraspea, escupe, habla bronco ¡es todo un viajante de alcoholes!*)

DOÑA SOL.—¿Por qué?

LEON.—No se ha hecho negocio, señora.

DOÑA SOL.—¡Bah!

LEON.—Usted siempre dice ¡bah!, para usted todo ¡bah!, porque todo va... bien. Tiene usted una partidita de millones; pero yo tengo una partidita de bandidos en vez de clientes que, por no pedirme, no me piden ni tabaco. Con la comisión de este viajecito no me queda ni para un corte de pelo.

DOÑA SOL.—No le importe.

LEON.—¡Tiene usted razón! Para el pelo que voy a echar... ¡Pero es que no sirvo para viajante? ¿No soy simpático? Pues entonces, ¿por qué han

de ponerme cara de perro? ¿Por qué no han de encargarme ni que me cuide? ¿Como no sea que los licores de usted resulten una porquería!... Además, se las trae esto de representar una fábrica de licores. Hay días que me he tenido que beber 87 copitas de ¡aguardiente! ¡Y eso será muy bueno para las guindas! *(Tose, y, como siempre que lo hace, acaba con un mugido*



*o un sonido gutural agudo.)* ¡Me ahogo! Y a propósito de ahogo. Ya sé que tiene usted aquí unos náufragos suecos. Yo los quiero ver, ¿eh? Deben ser unos tíos muy raros... con unas barbas...

DOÑA SOL.—¿Quiere usted que les avise?

LEON.—No tengo humor para nada, señora. Estoy esperando que me despidan usted.

DOÑA SOL.—¿Cuántas notas ha hecho?

LEON.—¿Notas? Menos que el "No me mates". Pero el viaje que viene, yo le juro a usted por la salud de mi madre, que esté en gloria...

DOÑA SOL.—No se desespere usted, que eso es de espíritus pobres.

LEON.—Es verdad. Otros se han desesperado por menos. ¿No ha oído usted hablar de la desesperación de Espronceda, por una perra gorda? Pues usted compare.

SACRA.—*(Entrando por el foro.)* Señorita: Manué, er Siserón, dice que le ha dicho er médico que venga a enseñarle los náufragos a unos franchutes de 1a fonda.



DOÑA SOL.—Que pase Manuel, el Cicerón. (*Vase Sacra.*) ¿Y usted?

LEON.—Yo voy a la fonda a cepillarme un poco y a echarme un jarro de agua fría por la cabeza a ver si la diño. Hasta ahora, mi jefa. (*Vase León.*)

DOÑA SOL.—Vaya usted con Dios. (*Aparece en la puerta Manuel, el Cicerón.*) ¿Qué hay, Manuel? Entra.

MANUEL.—Na, señorita: un par de franceses que nos han caído en casa. Ya les he enseñao toas las antiquités antiguas del pueblo.

DOÑA SOL.—Y desean ver la colección de trajes antiguos que poseo, ¿no?

MANUEL.—No, señora; ni la de usted ni la del boticario. Don Claudio, er médico, los ha engolosinao pa que vengan a ver a esos náufragos suecos. ¡Como han sido víctimas de la guerra, pues...!

DOÑA SOL.—¿Hablan el castellano?

MANUEL.—Ni pío. El francés, el inglés, el ruso y hasta el catalán; pero de españó, ni esto. Ahí abajo los tengo.

DOÑA SOL.—Pues diles que pasen aquí. Don Goro no tardará en aparecer con los náufragos. Cuando venga, dile que estoy en su despacho redactando un importante documento.

MANUEL.—Está muy bien.

DOÑA SOL.—(*Haciendo mutis.*) ¿Dónde he puesto el borrador de don Claudio? Sí; aquí está. (*Lee en un papel que saca del bolsillo y va haciendo mutis.*) “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—En la villa de Congrio, provincia de Málaga, a 15 de agosto de 1917, yo doña Sol...

MANUEL.—(*Acercándose al foro y llamando.*) ¡Eh!, *monsiés* por irsí ¡*güi, maselle! toute* a la *goche*. ¡¡Que no es por ahí!! ¡Misté que no entendé er francés los franceses!... (*Haciendo mutis gritando.*) ¡A la goché! ¡A la goché!

(Por la izquierda sale don Goro, precediendo a Cañete y Echaochogorritas, que vienen vestidos con unas levitas prehistóricas y unos sombreros de copa inverosímiles.)

DON GORO.—Se llevan ustedes lo mejorcito de la colección. En esta casa no hay más ropa de hombre que las que han visto en el Museo histórico, pero van ustedes servidos.

CAÑETE.—Sí, señor; estas levitas deben ser de los godos.

ECHAO.—Por eso a los flacos nos sientan como un tiro.

DON GORO.—Esos dos ternos pertenecieron a un célebre conspirador del siglo XIX, a quien llamaban el Aguila de Andalucía.

CAÑETE.—Dígamelo usted a mí. ¡Hasta a Succia ha llegado su fama!

DON GORO.—¿Será posible?

CAÑETE.—Como que en cuanto he visto los ternos, lo he dicho. Estas levitas son de El Aguila.

DON GORO.—Y los sombreros han sido, si no me equivoco, de los siete infantes de Lara.

ECHAO.—¡Miau! ¡Esto qué se lo va a poner un infante de Lara! ¡Esto no se lo pone ni un tonto del Circo!

DON GORO.—La señora posee verdaderas curiosidades. Esos pantalones que lleva usted son de un liberalote, tío de la señora, que se batió en Madrid contra las tropas del Gobierno. ¡Se llamaba Julio Pons! En la plaza Mayor le dieron un balazo.

CAÑETE.—(*Tocándose el culo.*) ¿A qué le llama usted la plaza mayor? Porque aquí hay un siete.



#1 termo  
#

DON GORO.—Pues es un siete histórico.

CAÑETE.—Hombre, sí; el siete de julio.

(Entra Cicerón con un matrimonio francés: Mr. Chivot y Madame Chivot.)

CICERON.—(Presentando a los naufragos.) Le vualá, lin e lotre.

ECHAO.—¿Eh?

CAÑETE.—¡Atiza! Otro número de "variétés".

M. CHIVOT.—(Dándole la mano.) Nos vous amis, notre cordiale salutation o nom de la France.

MAD. CHIVOT.—Nous avons un grand plaisir a serrer la main aux vaillants marins victimes des allemands.

M. CHIVOT.—Vive la Sued!

MAD. CHIVOT.—Vive!

MANUEL.—(Agitando su gorrilla.) ¡Vive!

ECHAO.—¡Anda mi madre!

CAÑETE.—(Aparte.) Quítate el canotier, que nos deben estar saludando. (A los franceses.) Señores...

M. CHIVOT.—Alors, s'urement vous aimez notre cause. Vous ne nous dites rien?

MAD. CHIVOT.—Rien?

ECHAO.—Muchas gracias.

MANUEL.—No ha oído usted bien.

ECHAO.—El que no sabe es como el que no oye.

MANUEL.—(A Cañete.) Estos señores no diquellan el español.

CAÑETE.—Ni nosotros el francés.

M. CHIVOT.—Qu'est ce qu'il dit?

MANUEL.—(A voces a Chivot.) Qu'il ne diquele pas les francés.

M. CHIVOT.—Parbleu! C'est drole.

MAD. CHIVOT.—Tout un capitaine de marine!

ECHAO.—Suélteles usted un sombreroazo y vámonos a la calle.

CAÑETE.—Espera. ¿Quién te dice a ti que éstos no se marcan un luis de socorro?

MANUEL.—(Volviéndose de hablar con Chivot.) ¿Que qué hablan ustedes?

ECHAO.—¿A usted qué le importa?

MANUEL.—Si es que aquí el Andovales desea saber qué idioma chammullan ustedes.

ECHAO.—Nosotros no nos podemos entender con los señores, porque no sabemos más que el español.

CAÑETE.—Y el sueco, según es natural en todo buen escandinavo. Pero ¡como si no! Ese idioma no hay quien lo hable.

MANUEL.—(A voces a Chivot.) Ils son suecos.

M. CHIVOT.—(Con vivacidad.) Ou la la! Oui, oui! Je le sai! (Dirigiéndose a Cañete.) Petergónéir lúnker bláiver flóiver, kan kli súlfum winter wintergoff!

MAD. CHIVOT.—Wútergun afagel láiser.

CAÑETE.—¡Echa! ¡Que lo saben!

ECHAO.—¡¡Lo saben!!

M. CHIVOT.—Petergeimter?

CAÑETE.—(Traga saliva, sonríe y se arranca.) Gund, gund, gund ráita pepipóter bluf fur géimer haiter! Runcorovovich!

ECHAO.—¡Ahora viene el mamporro! (*Se echa la chistera a los ojos.*)  
 M. CHIVOT.—Runcorovovich? (*A ella.*) Comént dit il?  
 MAD. CHIVOT.—Je ne sais pas.  
 CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) ¿Qué tal? Se han achantao.  
 ECHAO.—Yo no me quedo atrás. (*Escupe y arrea.*) Roparvich, sangüich,  
 praperenker per vainkafer fuá gras! (*Y tan fresco.*)  
 DON GORO.—¡Cuidado que debe ser eso difícil!  
 MANUEL.—(*Dándose importancia.*) ¡Uf!



M. CHIVOT.—Je ne comprend rien de tout. Et toi?  
 MAD. CHIVOT.—Rien! C'est un patois!  
 M. CHIVOT.—(*A Manuel.*) Ils ne parlent pas en suedois. Nous ne savons pas qu'elle langue ils parlent.  
 MANUEL.—(*A Cañete.*) ¡Atiza! ¡Que eso no es sueco ni es na!  
 CAÑETE.—(*Digno e indiferente.*) Paitarcover, reinter main potocóver.  
 (*Aparte a Echaochogorritas.*) ¡Arrea pa la calle!  
 ECHAO.—(*Enfadado.*) Jokeiváfeter gáifeter, plum cake!  
 CAÑETE.—(*Haciendo el mutis con inclinación y sombrerozcos. Muy fino.*) Repunbérteger, ladin gátefor maintejoiver, Hindenbur!  
 ECHAO.—(*Imitándole.*) Hindenbur!  
 CAÑETE.—(*Aparte.*) Si esto no es hacer el sueco, que me aspen.  
 LOBOS.—(*Dentro.*) ¡Vivan los náufragos!

MAS LOBOS.—¡Viva! (*Cañete y Echaogorritas agitan los sombreros saludando a la multitud.*)

CAÑETE.—¡El apoteosis!

ECHAO.—¡La juerga! (*Se van por el foro.*)

MENOS LOBOS.—¡Vivan los náufragos!

MAS LOBOS.—¡Vivan! (*Rompe a tocar una murga.*)

M. CHIVOT.—Mais qu'est ce que c'est ça?

MAD. CHIVOT.—Allon nous eu. Il est fou!

M. CHIVOT.—Vraiment, c'est un fou.

MAD. CHIVOT.—Fou! Fou!

M. CHIVOT.—Fou! Fou! (*Se van por el foro.*)

DON GORO.—(*A Manuel.*) Que se te van, Manuel.

MANUEL.—¡Y haciendo fu! ¡Me he lucío!

DON GORO.—¡Porra! ¡Así se ahoguen todos en manzanilla! ¡Vamos al despacho!

(Al ir a hacer mutis por la primera de la derecha, sale por allí Doña Sol con un papel grande en la mano.)

DOÑA SOL.—¿Dónde va el buen Don Goro?

DON GORO.—Señora, a la obligación. Me espera el libro diario...

DOÑA SOL.—¡Que espere!

DON GORO.—Pero, señora...

DOÑA SOL.—Nada; no es bueno hacer asientos con el cansancio que usted tiene. Pase la vista por este documento que acabo de redactar, a ver qué le parece.

DON GORO.—(*Leyendo.*) En la villa de Congrio, ¡hum!, ¡hum!... (*Continúa leyendo.*) ¿Eh? (*Leyendo.*) ¡Hum!, ¡hum!... (*Espantado.*) ¡Señora! (*Leyendo.*) ¡Hum!, ¡hum!... (*Furioso.*) ¡Señora, esto no puede ser! ¡Que no puede ser, señora! ¡Usted no está en sus cabales! ¡Porra, joroba, rejoba! ¡Que no! Por Dios, señora, permítame usted que le aconseje que se acueste. Yo llamo al médico.

DOÑA SOL.—Don Goro, no le consiento a usted...

(Por la puerta del foro entra don Claudio frotándose las manos.)

DON CLAUDIO.—¡Bravo, señora! ¡Bravo! ¡Muchas gracias! Esos ya no son suecos, son unas babuchas... ¡Bien acompañados van! He fingido enfadarme, y para disimular les he hablado en nombre de la ciencia, y ¿sabe usted lo que me han contestado? Que ellos son unos lobos de mar y que yo soy un besugo. Besugo, ¿eh? Bueno. (*Contentísimo.*) En cuanto el jugo gástrico de sus respectivos y desalquilados estómagos empieza a recibir el alcohol que venden en la cantina del muelle, comienza la catástrofe... y ¡R. I. P.! Antes de las ocho han subido al cielo. A las cinco se los traen a usted en rollo, y a las siete y cuarto expirarán entre espantosas convulsiones, vómitos, gritos, delirios, espumarajos, estertores y otros festejos. ¡Una juerga! Prepara usted amoníaco, para que no se diga que la ciencia no ha recurrido al último extremo; pero todo será inútil.

DOÑA SOL.—Pero, Don Claudio...

DON CLAUDIO.—Nada, señora, que aprendan que no es tan fácil como parece ser frescos.

DOÑA SOL.—Pero si se mueren...

DON CLAUDIO.—¡Ah! De eso, respondo con la cabeza. ¿Qué? ¿No?

quiere usted cadáveres en casa? Pues que se los traigan, que todavía puede que estén en el consabido preagónico. Por más que en la misma puerta de la casa se han trincado cada uno sus dos litros de ojén, por vía de vermut, y ya deben estar con la baba.

DOÑA SOL.—¿La baba? Pero ¿es que babean?

DON CLAUDIO.—Señora, como a usted le parezca más literario. La baba, o la borrachera, o curda, o cogorza..., como usted quiera. Chispa, mona, melopea, merluza, pítima, peana, perplejía, sacramenta, turca, trúpita o tajada, que de todas maneras se dice y de una sola se coge. ¡Se acabaron los frescos! Digo, yo creo que ya no están frescos.

DOÑA SOL.—No, doctor, no; es demasiado.

DON CLAUDIO.—Pues envíe usted en su busca a los cuatro criados más brutos que usted tenga y que se los traigan por las buenas o amarrados si es preciso.

DOÑA SOL.—Sí, sí, doctor. Por aquí. (*Por la derecha.*) Bajemos a la fábrica. Usted escogerá a los mozos más nervudos. Yo ya les había echado el ojo a dos... (*Mutis.*)

DON CLAUDIO.—¡Señora!

SACRA.—(*Entrando toda desolada por el foro.*) ¡Josú, María y José! ¡Si no lo veo no lo creo! ¡Señorita! ¡Señorita!

DON GORO.—¿Qué pasa?

SACRA.—¿Qué pasa? Que ahí está el boticario.

DON GORO.—¿Eh? Despierta, Sacra, que estás soñando.

SACRA.—¡Don Marvavisco en persona! ¡Ese viene a quemar la casa!

DON GORO.—¡Sacrita, no me vuelvas loco! ¿Dices que Don Malvavisco?

SACRA.—El propio boticario. ¡Y se trae una guasa!..., ¡una guasa!... ¡y una sonrisita de conejo, que la deja a una helá! ¿Dónde está la señorita?

DON GORO.—En la fábrica.

SACRA.—Voy a decírselo.

DON GORO.—No, que si sabe que ha puesto ese bicho sus pies en esta casa, fenece. Entretenla y déjame a mí con él.

SACRA.—Lo que usted quiera, Don Goro. (*Mutis por la derecha*)

DON GORO.—¡Se me cae encima la luna, y no me aplasta tanto!

(Aparece en la puerta del foro don Malvavisco, boticario del pueblo. Es un sarcástico de mala intención y de guasa cachazuda. Entra frotándose las manos. Al entrar, escupe y pisa la saliva.)

MALVAVISCO. — Ortodoxos y bonachones días, señor Don Güero, Güiro o Goro, del latín Gori, gori... y del griego...

DON GORO.—(*De punta.*) Chufas, no, señor boticario. ¡Yo no aguanto las chufas de usted!

MALVAVISCO.—No vengo en son de chufas. Precisamente traigo una bomba bajo el brazo.

DON GORO.—Me lo figuro. Algún pingo histórico que ha encontrado usted, y con él viene a dar denteras a Doña Sol.

MALVAVISCO.—Nihil novum sub sole. Doña Sol no tiene nada nuevo, es decir, Doña Sol no tiene nada viejo que sea una novedad, ¿qué? Cuatro armaduras de guardarropía y un par de levitas fin de siglo. (*Escupe y pisa.*) Desde que yo descubrí la camiseta de Carlos V, Doña Sol espumarajea de

envidia. Acaba de decirle a "Dulce Meneo" que yo envió a Madrid lechugas en vez de algas, y sé que dice que la ropa que yo tengo de Isabel II es de una tal Isabel Segunda Cunsegunda de Fuentesauco. Y todo, porque yo he dicho que esos suecos mohosos no son auténticos. ¡Y no lo son, Don Güiro, y no lo son, ni los suecos, ni ese casco medioeval, ni ese escudo bizantino, ni ese huevo de Colón que tanto ha cacareado! (*Entregándole un periódico.*) Lea usted ese papiro, Don Güero. (*Mientras lee Don Goro.*) Yo dejaré al pueblo sin lechuga, pero lo que es hoy va a haber una ensalada...

DON GORO.—(*Leyendo.*) Lo leo y no lo creo.

MALVAVISCO.—Lo traigo "in mentis". "Vigo, tres tarde. Acaba de anclar en la ría el vapor sueco "Golondrón", que se creyó volado en aguas canarias. Cuentan los tripulantes que hacían juntos la travesía el "Golondrón", sueco, y el "Banana", de la matrícula de Canarias, y que el que voló fué el canario.

DON GORO.—Luego esos hombres..., y la señora, que... ¡Oh! ¡Y, el pueblo, que se los ha llevado en triunfo!...

MALVAVISCO.—Y echándoles de comer con música.

DON GORO.—¡Qué plancha! ¡Qué desastre!

MALVAVISCO.—Usted lo ha dicho: plancha ¡y desastre!

DON GORO.—Voy a poner en autos a la señora. (*Vase por la derecha.*)

(Por la puerta del foro entra el doctor y unos criados, que traen sentados en unas sillas, amarrados a ellas, a Cañete y Echaochogorritas.)

DON CLAUDIO.—(*A los criados.*) Aquí, dejarlos aquí, ahí en medio. Muy bien. Ahora, ojo a la puerta, no sea que vuelvan esos atunes de marineros y se los lleven otra vez.

CAÑETE.—Echa, hijo. ¡Pero qué difícil es comer, joroba!

ECHAO.—¡Con lo bien que se está en Madrid con 5.000 reales con descuento! (*Los criados se van por el foro.*)

DON CLAUDIO.—(*Viendo a Malvavisco.*) ¿Cómo? ¿Usted por aquí?

MALVAVISCO.—Ya han caído, ¿eh?

DON CLAUDIO.—Y que me los he tenido que traer amarrados porque este sueco imberbe boxeaba. ¡A mí me la iban a dar! Voy a avisar a la Benemérita. (*Vase por la derecha.*)

ECHAO.—Los civiles, señor Cañete.

DON CLAUDIO.—Calla y haste el sueco hasta el día del Corpus.

MALVAVISCO.— (*Contemplándoles sonriente.*) ¡Buena pesca de merluza!

LEON.—(*Gritando dentro.*) ¡Donde me da la gana! ¿No me ha visto usted antes? ¡Pues buen geniecito traigo yo, fregona! (*Entra como una bala.*)

MALVAVISCO.—(*Al lado de los naufragos.*) ¿Quién será este vándalo?

LEON.—(*Deteniéndose en la puerta.*) ¡Troncho! ¡Un ventrílocuo! (*Avanza y reconoce inmediatamente a sus "amigos".*) ¿Eeh? (*Acercándose más.*) ¡Ellos, sí!... (*Satisfecho.*) ¡Son ellos! (*A Malvavisco.*) ¿De dónde ha sacado usted a esos hombres?

MALVAVISCO.—Yo no colecciono curdas, caballero. Son de Doña Sol. ¿Los conoce usted? (*Cañete y Echaochogorritas fingen dormir.*)

LEON.—¡Un rato! Están bastante desconocidos, pero a mí no se me despintan ni con aguarrás. ¿Ve usted este Garibaldi? Pues dentro de un

minuto, ¡polvo!, ¡humo!, ¡nada! ¿Ve usted este Weyler? Pues dentro de otro minuto, nada también.

CAÑETE.—Nos echa al agua.

ECHAO.—¡Animal! (*Don León se sube las mangas y enarbola el bastón.*)

MALVAVISCO.—¿Qué va usted a hacer?

LEON.—Tapioca. ¿Usted gusta?

MALVAVISCO.—Pero ¿qué le han hecho a usted estas antigüedades?

LEON.—Una faena belmontista. Ahora, que la mano de la Providencia... (*Dirigiéndose al ciclo y extendiendo la mano.*), ¡chócala, Manolo! Me los has puesto a mano y los voy a encunar.

MALVAVISCO.—Hará usted bien, porque están dormidos.

CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) ¿Qué hacemos?

ECHAO.—Usted dirá.

CAÑETE.—Tú que eres forzudo, nervudo y fibrudo...

LEON.—¡Señor Cañete!...

CAÑETE.—Hombre, don León, ¡qué despertar más agradable! Déme usted una mano.

LEON.—¿De qué? Rece usted un Credo. Voy a matarle. Rece usted un Credo.

CAÑETE.—Hombre, usted que ha sido siempre un hermano nuestro...

LEON.—Rece un Credo.

CAÑETE.—Un padre nuestro...

LEON.—Me da lo mismo.

CAÑETE.—Nunca le podré pagar...

LEON.—¡Ya lo sé! Y para que vea usted que soy benévolo, escoja usted la clase de asesinato de que prefiere ser víctima. La manera de morir de que tenga usted más costumbre o más afición: el golpe en la nuca, la sangría suelta, el balazo en el vientre, una patada en el vacío (*Oscilando el palo.*) o garrote vil.

CAÑETE.—Bueno; pues dé usted una patada en el vacío, y tan amigos.

LEON.—¡Ah, canalla!, ¿chistecitos a mí?

MALVAVISCO.—(*Deteniéndole.*) ¡Deténgase usted!

LEON.—(*Gritando.*) ¡Suélteme!

(*Salen por derecha doña Sol, don Goro y don Claudio. Al oír las voces, sale también Sacra por el fondo.*)

DOÑA SOL.—¿Qué pasa? ¿Qué acaece?

(*Don Goro y don Claudio detienen a León. Doña Sol se interpone entre él y los naufragos.*)

LEON.—Este tío ladrón, que me debe 500 pesetas...

DOÑA SOL.—¿Quinientas? ¡Bah, será un olvido!

LEON.—¿Qué va a ser olvido, señora?

DOÑA SOL.—De todas formas, mi caja satisfará esa suma, porque este señor es poderoso, este señor me ama y este señor es muy rico.

LEON.—Anda, y lo piropea.

DOÑA SOL.—Es inexacta, señor farmacéutico, la versión de ese periódico.

DON CLAUDIO.—Señora, ¡caray!, que no son naufragos.

DON GORO.—¡No!

MALVAVISCO.—¡No!

LEON.—¡No!



DOÑA SOL.—¡ Sí!

CAÑETE.—(¡ Atiza!)

DOÑA SOL.—¡ Soltadle! (*Los sueltan entre Don Goro, Malvavisco y Sacra.*) Perdonad, capitán, la villanía que con vos se ha cometido.

ECHAO.—¡ Si no podía fallar! ¡ Ya está! ¡ La vieja rica que se amelona y cae!

CAÑETE.—(*A Echaochogorritas.*) ¡ Calla! Te nombro administrador general.

DOÑA SOL.—Capitán, en este momento en que os abrumba la desgracia y la animadversión de estos incrédulos corazones, tiendo a vos mi mano. Estrechadla, capitán. (*Cañete se arrodilla y le coge la mano.*)

DON CLAUDIO.—¡ Pero esta mujer está guillada!

DOÑA SOL.—(*A Cañete.*) No osculeéis todavía. Sabedlo todos. Nos amamos, ¡ sí!

CAÑETE.—¡ ¡ Sí!!

DOÑA SOL.—El es fabulosamente millonario.

ECHAO.—¡ ¡ Sí!!

DOÑA SOL.—(*A todos.*) Pero quiero acallar vuestras maledicencias. (*A Cañete.*) Capitán, ¿ recordáis la historia de Roberto y Roberta en "La heredera agonizante", de Paul Feval?

DON CLAUDIO.—Doña Juana la loca era un catedrático de Lógica y Ética.

CAÑETE.—¡ Oh!, ¡ sí!, ¡ ya! ¡ Ah!

DOÑA SOL.—Señor administrador, leed este documento. (*Le da a Don Goro un papel.*)

DON GORO.—(*Resistiéndose.*) Señora..., yo...

CAÑETE.—(*Enérgico.*) ¡ Leed, señor administrador!

ECHAO.—Voy.

CAÑETE.—Es al de mi cónyuga.

DON GORO.—(*Leyendo.*) En la villa de Congrio...

DOÑA SOL.—Etcétera, etcétera.

DON GORO.—(*Leyendo.*) Yo, Doña Sol...

DOÑA SOL.—Etcétera, etcétera... A la declaración.

DON GORO.—(*Leyendo.*) Declaro que concedo mi mano al capitán...

DOÑA SOL.—Etcétera, etcétera... Más abajo.

DON GORO.—Item más. Declaro que poseo una fábrica de licores y fincas rústicas y urbanas por valor de pesetas tres millones cuatrocientas quince mil, y una cuenta corriente en el Banco de pesetas trescientas veinte mil quinientas diez y siete con diez y siete.

CAÑETE.—¡ Por Dios, qué minucias! El dote es lo de menos... No hablemos más. (*A Echaochogorritas.*) ¿ Oyes, administrador? Di a estos señores que yo voy al casamiento entregando a mi esposa todo lo que tengo.

DOÑA SOL.—Siga, Don Goro.

DON GORO.—(*Leyendo.*) Y como quiero demostrar el cariño a la tierra donde nací, al abandonarla para siempre, para internarme en la brumosa Suecia...

CAÑETE.—Y Noruega.

DON GORO.—(*Leyendo.*) Cedo todos mis bienes a los pobres.

CAÑETE.—¡ Un cuerno! ¡ Señora! ¡ Dispendios, no!

DOÑA SOL.—Es un acto generoso.

CAÑETE.—¡Joroba!; pero es un acto que, vamos, que no me cabe en la cabeza (*Se quiere poner el sombrero.*), vaya, que no me cabe.

DOÑA SOL.—¡Ah, falsario!

CAÑETE.—¿Eh?

DOÑA SOL.—¡Fresco!

CAÑETE.—¿Cómo?

ECHAO.—¿Qué?

DOÑA SOL.—¡Frescos! ¿Os habíais creído que...?

CAÑETE.—¡Ah!, pero..., es decir..., que..., de manera que esto del agüita azucarada, y el caldo amargo, y las mantitas, y... ha sido adrede, ¿eh?

DOÑA SOL.—Pues claro. ¿O es que creen ustedes que aquí, como en el teatro, la gente se chupa el dedo anular?

MALVAVISCO.—¡Bravo!

DON CLAUDIO.—¡Bien!

LEON.—(*Enarbolando el garrote.*) ¿Me lio con ellos?

DON CLAUDIO.—No. Es preferible mi sistema. Dejarlos morir de hambre.

ECHAO.—(*En un grito.*) ¡¡No!!

CAÑETE.—(*Lo mismo.*) ¡¡De hambre, no!! ¡De hambre, no, que somos dos infelices contagiados por los éxitos de los frescos en el Teatro, que, en un momento de locura, creyeron cosa fácil la realización de sus proezas!

ECHAO.—¡Que nos hagan un cocido!

CAÑETE.—Y prometemos, en cambio (*Saludando al público.*), influir con S. M. el público para que nosotros seamos "los últimos frescos".

TELON RAPIDO

CÁNDIDO ALONSO Y COMPANÍA

Ronda de Atocha, 15.

Madrid.—Teléfono 809.





3 0112 098525980